



**PRETEXTOS LITERARIOS**  
**POR ESCRITO**

*Cuento*  
*Poesía*  
*Fotografía*

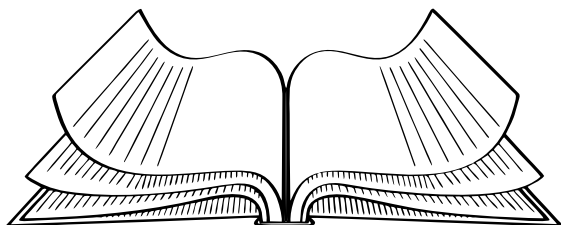
EJEMPLAR GRATUITO  
ABRIL-MAYO  
2022



No. 37



**Escúchanos en  
Radio Anáhuac 1670 AM**



**PRETEXTOS LITERARIOS**  
**POR ESCRITO**

**No. 37**

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)



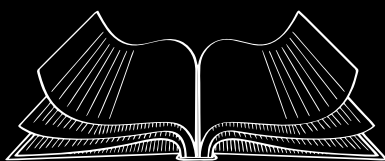


PRETEXTOS LITERARIOS  

---

POR ESCRITO

[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)



PRETEXTOS LITERARIOS  

---

POR ESCRITO

# ÍNDICE

## HABLANDO POR ESCRITO

### RITMOS

<i>Llueve sobre las vitrinas</i> Mario de la Piedra Walter .....	6
<i>La anatomía del cambio</i> Diana González Contreras .....	7
<i>Vísperas del Trigésimo Cumpleaños</i> Coronel Fernando Sager .....	8
<i>Del pétalo</i> Mateo Mansilla-Moya.....	9

### FIRMAS

<i>Mi carga</i> María Elena Sarmiento .....	10
<i>El rosa en el espejo</i> Virginia Meade.....	12
<i>120 viejitos gringos</i> Andrea Fischer .....	13
<i>Revólver</i> Cecilia Durán Mena.....	16
<i>IMAGINARIO</i> .....	20

### VOCES

<i>Historia de un jardín</i> W. A. Flores .....	22
<i>El legado</i> Cristina Carrió Boixeda .....	25
<i>El dedo y la hormiga</i> Juan José Bermúdez Flores.....	27
<i>El aire que abría y cerraba</i> Antonio A. Huelgas.....	28
<i>Supermercado</i> Roberto Antonio Remedi .....	29
<i>Sapos en la lluvia</i> Ghada Martínez FCE, 2021 .....	31

## MUSEO DE LAS MARAVILLAS

<i>La corona invisible del rey</i> Pita Escalona.....	36
<i>Sinfonía para sordos</i> Bárbara Méndez.....	37
<i>El calcetín de Neil Armstrong</i> Francisco Duarte Cué.....	40
<i>El fuego del dragón</i> Magy Otaduy .....	42
<i>Testamento de Hitler</i> Gabriel Sarmiento .....	44
<i>Goliat</i> Alejandro Magallanes .....	45
<i>El recorrido</i> María Elena Sarmiento .....	46
<i>No soy una simple lagartija</i> Juan Antonio Díaz Becerra .....	48
<i>El flautista</i> Mario de la Piedra Walter .....	49
<i>Michael Jackson como jinete del apocalipsis</i> Dave Brennan.....	51
<i>La máscara del Tigre</i> Ángeles Montes de Oca .....	53
<i>Por una lata de sardinas</i> Carmen Padín de Lima.....	55
<i>El baúl inquieto</i> Virginia Meade.....	58
<i>El peine de Einstein</i> Francisco Duarte Cué.....	59
<i>La olla de joyas al final del arcoíris</i> Cecilia Durán Mena .....	60

# Hablando por escrito

**E**s muy posible querido lector que, en ciertos momentos, el mundo nos resulte un lugar difícil para contemplar. Hay muchos temas que nos nublan el panorama, que nos pueden encoger el corazón o que nos tocan fibras que preferiríamos que nadie hubiera palpado. Nos dan ganas de mirar cortito, de mirar hacia un lado en el que no exista la guerra ni la inseguridad ni la enfermedad ni ningún tipo de perturbación. Desde la lógica y la coherencia, nos llegan las voces que nos dicen que ese lugar no existe. Nos gustaría dejarnos arropar por ficciones y fantasías y aunque la tentación por evadir la realidad nos seduce, apelamos a la cordura, respiramos hondo y nos aferramos al aquí y ahora.

¡Gazmoñerías! Existe y es un espacio maravilloso que nos puede traer varios regalos, como salud mental —aunque hay quienes pensarán que es un lugar de locos— que nos aumenta la reserva cognoscitiva —aunque los más escépticos nos verán como enfermos acostumbrados a alucinar—, que nos ayuda a concentrarnos, a poner atención y aumenta la concentración. Claro, que habrá quienes desde su altar de cordura, elevarán el dedo y se negarán a participar.

No obstante, ahí está el deseo. Y, como en Pretextos literarios por escrito nos gustan esos anhelos, nos decimos ¿por qué no? Nos permitimos la travesura de apelar a la imaginación y de repente, buscamos en nuestro cajón de la creatividad algún motivo que nos permita subirnos sobre las alas de la fantasía y dejamos que vuele la imaginación.

En ocasiones, los escritores que participamos en la creación de esta revista, nos ponemos de acuerdo y hacemos travesuras. Dejamos que las ideas se descoloquen y tomen un lugar distinto. Permitimos que nos gane la risa y conspiramos en favor del lector. Así que, entre las páginas interiores, encontrarán una invitación *sui generis*. Los invitaremos a acceder al Museo de las maravillas, en el que descubrirán que lo más real que se expone es la fantasía de las plumas de los escritores participantes.

Como siempre y como se hace en cada número, seguimos atrapando lectores para nunca dejarlos ir. Nuestro afán es que la experiencia literaria que prueben al pasar los ojos por estas páginas sea gozosa. Buscamos propiciar escenarios que nos sean más fáciles de apreciar y nos potencien las competencias que necesitamos para ponernos en juego con el mundo real. Queremos ofrecer un respiro, páginas que nos brinden solaz y nos restituyan para contemplar aquello que nos resulte difícil mirar.

Por estas y tantas razones, con ustedes, el número 37 de Pretextos literarios por escrito.

# Llueve sobre las vitrinas

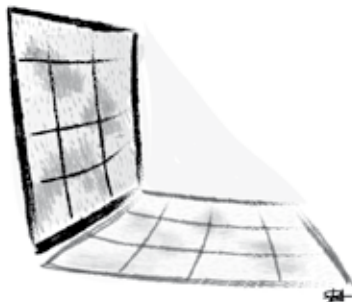
Mario de la Piedra Walter

Detrás de los cristales se diluye la ciudad  
como escarcha sostenida entre los dedos.

Se derrama contra la ventana  
en un gotear de luces y de calles,  
de personas que llevan mares en los pies  
y se imaginan que llegan a casa  
a sacarse los peces de las botas  
mientras que el amante o el silencio  
o el maullido exigente del gato  
les reprochan que esperan desde la mañana.

Detrás de otros cristales tú me miras  
y me pregunto  
si a ti también los ojos se te empañan  
cuando te diluvia por dentro.  
Si desde el otro lado  
puedes ver a este transeúnte  
que lleva siempre los calcetines mojados.

Si detrás hay una casa,  
un maullido o un silencio,  
si hay un espacio compartido  
para mirar las gotas  
volverse estrellas contra la ventana.





# La anatomía del cambio

Diana González Contreras

Un respirar, viento innumerable,  
hilos que van de la sangre hasta  
los ombligos de un olvido

Tacto: no superficial, cápsulas disolventes,  
contenidas de palabras ya dichas,  
torrentes transparentes,  
actitud zurumbática es la que observa

Yemas dibujantes que trazan el futuro,  
ojos que ven por debajo de mis uñas  
Voy dejando mi piel, seca,  
algunos pedazos un tanto humedecidos,  
lágrimas que mi fuego no apagan

Porque...  
Ardo y soy viento  
Me mojo y soy fuego  
Hierba verde  
Hojas secas; doy paso a mi florecer

Cambio, me quedo  
Elucubro mis seguridades  
destellos que me han de arrebozar

Arrebol; rojizo como el rubor  
que me desvanece hasta encontrar mi forma  
Cuerpo que me contiene,  
anatomía en la que me aprendo.



# Vísperas del Trigésimo Cumpleaños

Coronel Fernando Sager

*En vano es vario el orbe. La jornada  
que cumple cada cual ya fue fijada.*

—**JL Borges**

Sólo en el pasado se está a salvo  
Un instante de felicidad basta  
para al evocarlos siempre estarlos

Basta que el ayer alguna vez haya existido  
para ante la muerte volverse inasequible  
Alcanza una pringa de melancolía  
para que los ecos de ese instante se tornen  
una noche repetida

Lástima que muerte, vida, felicidad y tristeza coexistan  
en una moneda siempre girante / seducida por el aire  
Lanzada por misteriosa mano inescrutable  
para nuestros débiles ojos de carne

Lástima lo raquítrico de nuestro albedrío  
y que los instantes sean quienes eligen  
Ya fue dicho: *la libertad es una estatua*  
Nosotros nada elegimos, sólo cumplimos

No hay por tanto enunciado más exacto que *cumplir años*  
Eso es lo único que hacemos: cumplir  
Tomamos los días que desde antes, sin saberlo, ya eran nuestros

Los días, esa lepra de la vida.



# Del pétalo

Mateo Mansilla-Moya

*Para Ale Garnica*

“Del pétalo” llamaste a tu danza:  
la hoja que del cielo descendía  
la gota que de tu mejilla pendía  
el paso que te daba esperanza.

Te vestiste de flor con añoranza,  
repetiste versos de la poesía  
que tu pecho grabados retenía  
y te bañaste con aire de plaza.

Giraste y flexionaste las piernas  
para reafirmar tu fragilidad,  
para desprender tus fragancias;

Danzaste en la luz con agilidad  
fuiste pétalo de jacarandas  
y te lanzaste a la infinitud.



# Mi carga

María Elena Sarmiento

¿Quién sería sin este deseo de complacer que me gobierna?

¿Si no cargara sobre la espalda la felicidad ajena?

Si canto aunque los despierte.

Si aunque les duela, suelto el pensamiento.

Si apoyo el pie sin miramientos

y me dirijo adonde quiero.

¿Quién seguirá a mi lado

cuando me libere de la mirada ajena?

¿Y dance poseída con el brincoteo de los senos,

cuente chistes vulgares y me ría de lo incorrecto?

¿Coma lo que me guste

a la hora que lo quiero?

Y no salude ni me despida

y me suelte la correa.

Que murmuren los inquietos

y se apenen los cercanos

me parece lo de menos.

¿Cómo me verá a mí misma

si me pongo primero?

¿Disfrutaré el “egoísmo”?

No sé.

¿Será suficiente el premio

para comerlo primero

mientras me mira el hambriento?

¿A quién le importa hacer lo correcto?

No sé si me atrevería

a mirarme en un espejo.

La felicidad ajena sigue sobre mis hombros

y no sé cómo la desprendo.

¿Será que espero a que pase un distraído

y se le endilgo sin tanto cuento?

Y si ya veo que él se preocupa

de que el vecino no caiga,

yo ya puedo mirar adentro?

¿O será que nada cargo  
y sólo me siento importante?  
Siendo buena y generosa,  
espero algo de gratitud.  
Y sólo doy cuando me miran  
y colecciono en la mente mis actos de abnegación.

¿Soy o no solidaria?  
¿Mi sacrificio es un show?  
¿Para quién lo escenifico?  
¿Para sentirme mejor?  
Qué enredados los sentimientos.  
¿Dónde está la verdad?

Seguiré buscando respuestas,  
aunque antes de ver a los otros,  
tengo que contestar:  
¿Quién es ésta que escribe?  
¿Quién ocupa mi lugar?



# El rosa en el espejo

Virginia Meade

Cuando le comenté a mi doctor la preocupación de perder el cabello, él me contestó que por el medicamento que yo recibía sería inusual. El cabello se adelgazó y si bien no se cayó a mechones, sí que dejaba una estela de hebras blancas, como de la madre de los vientos. Decidí cumplir una de mis fantasías: teñirlo. Mi hija sugirió el rosa para que le diera color a mi cara.

Acepté.

Ahora uso una andadera para bañarme, es por seguridad. Veo el agua teñida de un color ardiente. Al terminar, envuelvo el cabello en la toalla, me acerco al espejo, retiro el vapor que cubre mi cara y me encuentro con una mujer de expresión asustada que me devuelve la mirada. Esa no soy yo me digo, sus ojos enormes y brillantes piden ayuda; la boca, si bien no está caída sí es una línea horizontal, apretada. Desde hace semanas evito verme, he perdido tanto peso que nada de mi ropa se sostiene. Sólo una vez lo intenté y fue desolador. Esa tarde, recibiría la segunda quimio. Cuando el procedimiento terminó, le conté al doctor cómo me había sentido al verme, lloré a mares; el oncólogo me dijo que estaba de luto por el estado actual de mi cuerpo, sostuvo mis manos por largo tiempo hasta que me calmé.

Al verla me compadecí, pero también sentí una gran rebeldía. Limpié el resto del vapor, las dos nos impresionamos porque el color ardiente se transformó en un esmaltado rosa, algunos mechones parecían ríos morados. La miré y le dije que no importando el resultado, seguiríamos con nuestros planes, que la enfermedad no nos controlaría, que no sería el eje que se apropiaría de nuestra vida. Teníamos muchos planes que cumplir. Sonreíamos cuando mi hija abrió la puerta y exclamó:

—¡Wow! Te ves espectacular.



# 120 viejitos gringos

— Andrea Fischer —

## 1. Una cuestión de horarios

El yate tiene una capacidad de aforo de unas 200 personas. Unas 120 agendaron la experiencia para ese día. En la página del sitio se anuncia que la visita está enfocada en el avistamiento de ballenas jorobadas: como es marzo, recién tuvieron a sus bebés y les están enseñando a nadar, comer y sobrevivir. Entre las olas cálidas del Mar de Cortés es donde los ballenatos tienen tiempo para jugar y alimentarse bien, ya que recién inicie la primavera, emprenderán un viaje largo hasta las aguas del polo norte.

Los turistas aprovechan el periodo de descanso de las jorobadas para verlas en persona. Algunos de ellos, por primera y única vez en sus vidas. La mayoría de los asistentes tienen la piel roja tras haber pasado algunos días en el sol. Casi todos vienen de Estados Unidos, tienen sobrepeso y no entienden ni media palabra de español. Además, la temporada se empalma con el Spring Break: aunque en México no existe como tal ese periodo vacacional, Los Cabos, en Baja California Sur, recibe un influjo considerable de turistas estadounidenses más bien mayores, que tienen la idea de tomar tequila y pasarla bien bailando junto al mar.

José y yo estamos ahí por un encargo de trabajo. Originalmente, nos habían dicho que el tour estaba apartado para nosotros dos. Después del avistamiento de ballenas, habría una cena exclusiva sobre el Pacífico. Con la caída del sol, después de darle la vuelta a las formaciones rocosas del sitio, regresaríamos al embarcadero de la Marina. De ahí, una persona nos estaría esperando para llevarnos de regreso al hotel.

Por una cuestión de horarios, le pedimos a la agencia que comprara boletos para llegar un día antes. Aunque la idea era planear la grabación y el material en ese tiempo libre, la realidad es que José y yo nos entendemos bien: confío en su habilidad con la cámara, y él sabe que ya llevo muchos años escribiendo. Con esa idea, nos habían llevado a otras playas mexicanas antes. Las agencias de viajes me buscan mucho por la revista en la que escribo. Un avistamiento de ballenas, en pleno periodo de nacimientos nuevos, me había parecido como una buena idea. Hasta que zarpamos en un yate con 120 viejitos gringos.

## 2. Las más sexy de todas

La *expedición* estaba agendada para zarpar a las 4 de la tarde. Entre que algunos de nuestros compañeros de viaje se tropezaban con los escalones del yate, y que otros verdaderamente no entendían las instrucciones que se le estaban dando, salimos un poco después. Mientras esperábamos a que todo estuviera listo, el capitán del yate prende unas bocinas gigantescas para poner música de AC/DC. En ese momento, me hubiera gustado no saber nada de Angus YouLas viejitas estadounidenses se ven emocionadas. Mientras sus esposos, parejas y amigos se empinaban una cerveza tras otra, ellas intentaban moverse al ritmo pesado de la música. Entre canciones, una voz estridente les invitaba a divertirse en ‘la pista de baile’, que no era otra cosa que la proa del barco. Por el movimiento que generaban los demás turistas, me sorprendí a mí misma pensando en quién pesaría más: los ballenatos recién nacidos, o nuestros compañeros enrojecidos por el alcohol y el sol. Es marzo. Como tal, las ballenas están a punto de terminar su periodo de descanso en las

aguas cálidas del norte de México. En ese espacio de tiempo, las mamás embarazadas dan a luz. Cuando los bebés ganan fuerza, les enseñan a nadar y a alimentarse por su cuenta. Ésa es quizá la parte más relevante de su estancia en México, ya que emprenderán un recorrido de varios miles de kilómetros hasta las costas más septentrionales de Alaska.

El animador que insiste en gritar por las bocinas no le dice nada de esto a los turistas. Se limita a decir que “el espectáculo del día” será protagonizado “por ballenas jorobadas, las más sexys de todas, porque son mexicanas”. Añade, como un comentario al aire, que el ecosistema del Mar de Cortés da hogar a otras especies de mamíferos marinos, como ballenas azules o grises. A veces, incluso orcas, que buscan el calorcito de las costas del país. Mientras dice todo esto, no para la música. Al contrario, parece tropezarse con las letras de AC/DC.

### 3. *El tumulto se asienta*

En el sitio de la agencia decía que toda la experiencia duraría, aproximadamente, 4 horas y media. De éstas, para este punto hemos consumido al menos dos dándole la vuelta al puerto y a las formaciones rocosas típicas de Los Cabos.

—A su derecha pueden ver la Playa de los Divorciados. Señores, agarren a sus esposas, ¡porque no quieren terminar ahí! —se ríe el animador en inglés, con un acento pesado.

Entre la muchedumbre, José intenta grabar el paisaje y detalles sobre las olas. Aunque trae lentes oscuros, me doy cuenta de que se siente incómodo. Los estadounidenses a su alrededor le dan codazos, lo empujan, y yo sólo me angustio más por la cámara que trae entre las manos. Después de 15 minutos de intentar, se acerca a mí y me dice que está preocupado:

—Llevamos casi tres horas aquí arriba y casi no tengo material.

Y sí, claro que quiero llorar.

Poco tiempo después, el animador anuncia que finalmente llegó el momento de buscar ballenas jorobadas. El yate aumenta la velocidad y, en poco tiempo, el arco de Los Cabos se queda atrás. La música se detiene. El tumulto de gringos alborotados se asienta; tal vez por el cansancio, tal vez por la expectativa. Siento paz: tal vez, sí podamos completar una historia publicable de ecoturismo.

### 4. *Persecución*

A diferencia de otros cetáceos que visitan Los Cabos, las ballenas jorobadas son particularmente amigables con las embarcaciones. Los ballenatos y sus madres se acercan a ver a los turistas, quienes generalmente logran tocarlas. Así de cerca están de las personas. Esto generalmente ocurre con las lanchas con piso de vidrio o los juncos más pequeños. Con los yates también juegan, pero el ruido del motor y la gasolina les lastiman los oídos, la piel y les retumba en la cabeza.

Siento que el yate en donde estamos tiene, al menos, 120 personas abordo, es poco probable que los animales se acerquen. En ese momento pienso que tal vez, como la música se detuvo, podamos verlas a cierta distancia. No me preocupa porque José trajo cámaras listas para eso. La voz del animador me detiene en seco:

—¡Amigos! —escupe con su inglés pesado— Me informan que tenemos a nuestra primera ballena del día. ¡Es un bebé, y viene hacia nosotros!

El hombre dice que no es un recién nacido, pero que sí es muy joven. Cerca de nosotros,



se escucha el chorro de agua que el ballenato expulsa por encima de la superficie del mar. A la par, los turistas se enciman en el barandal del yate para tomar fotos y videos, mientras el bebé salta y hace gracias. En eso, un grito:

—¡Ahí está su mamá! Ven, ballenita, ballenita. ¡Ven a conocer a tus amigos *americanos!*

El ballenato cae sin gracia, demasiado rápido. De pronto, se le deja de ver. Me doy cuenta de que, alrededor del bebé, ya había otros 6 yates esperando a que volviera a saltar. Antes de que el ballenato salte de nuevo, el lomo de su madre aparece entre las olas. Tal vez lo esté buscando. Si lo llama, los gritos del animador no nos permiten escucharlos:

—¡Ahí están de nuevo! —se emociona el hombre.

A la izquierda, ambos se alejaron de las embarcaciones para seguir saltando. El yate da una vuelta en seco, y avanza hacia ellos a toda velocidad. En lugar de avistamiento de ballenas, para entonces se me antoja como una persecución. Ninguno de los dos vuelve a saltar en un rato. La muchedumbre, molesta, pierde interés y forma en la fila para cenar. Algunos minutos más tarde, les veo volver con platos llenos de carne de res fría, queso amarillo y frijoles que parecen refritos quince veces.

José se acerca otra vez:

—De lo poco que pude grabar, parecen *delfines*.

Y se ríe con ironía. En ese momento, no quiero ni pensar en qué me va a decir mi jefa, qué voy a decirle a la agencia ni qué voy a escribir.

### 5. El show principal

—Bueno, amigos, es momento de dejar a las ballenitas atrás. Ahora sí, les preparamos el *show principal* del día. ¿Están listos?

Los estadounidenses vuelven a emitir gritos voraces de aprobación. La música pesada empieza nuevamente. Esta vez, es reggaetón comercial. Por primera vez le veo la cara al animador quien, con otros 5 meseros, se reúnen en la proa.

—Señores, agarren a sus mujeres. ¡Este *strip tease* podrá volverlas locas!

En un intento de baile coordinado, los 6 empiezan a quitarse la camisa y a embarrar el culo en el suelo. José explota en carcajadas. Las viejitas estadounidenses se abochornan. Los señores chiflan. Y yo sólo quiero tirarme con la borda para que alguna de las bestias del mar me trague para cenar.



# Revólver

Cecilia Durán Mena

1.

Hablábamos de Led Zeppelin y *Coda*, su último disco. Estábamos entusiasmados. Escucharlos requiere una voluntad especial, no es fácil, decíamos. Se necesita tener ganas de quererlos entender, son complicados y ese disco es muy espeso. En especial ese que fue como su álbum póstumo. La banda firmó un contrato en el que decía debían realizar un álbum más, y no tenían el deseo de integrar un sustituto después de la muerte de John Bonham, el baterista. Fue un acierto llamarlo así. ¿Ah sí, por qué? Una coda, en el ámbito de la música, es un préstamo lingüístico del italiano que significa literalmente cola y se refiere al último movimiento musical. No entiendo. Una coda es como el final de la canción, como cuando dicen *tan, tan*. *Coda* para Led Zeppelin fue algo así como un epílogo ante la inminente separación que se dio en septiembre de 1980.

Luego, hablaron de Pink Floyd y del disco *Dark Side of the Moon*, de los experimentos de Roger Waters y de cómo a todos los grupos legendarios les da por experimentar. ¿Los Rolling Stones también? No lo dudaría, pero no recuerdo ningún álbum así. En cambio, los Beatles quisieron experimentar con *Revolution # 9*. La conversación fluyó en torno a *Eleanor Rigby* y alguien dijo que esa canción estaba en el disco de *Revólver*. La mente tiene los caminos más extraños para recordar algo. *Revólver*, mi mente viajó a un recuerdo ajeno, anterior a mi nacimiento, algo que le oí a mi madre contar, no lo repetía mucho y acordarme, esta vez, requirió esa voluntad especial de querer entender. ¿Cómo se explican las posibilidades del aburrimiento sin provocar juicios?

2.

Enrique guardaba la pistola en el cajón del buró. Así se usaba, era común que la gente tuviera en casa un arma para defenderse. Mi suegro se la regaló cuando nos casamos. Uno tiende a sobrevalorar los primeros años de matrimonio, la luna de miel tiene momentos muy amargos de los que nadie habla por miedo a que te lo tomen a mal. Se debería hablar más de ello, en vez de guardártelo detrás de la lengua. Al casarme me vine a vivir a la ciudad, ahí estaba el futuro de Enrique. Así hablaba mi mamá. Así la oí contarle. Así lo repetió muchas, muchas veces.

Los primeros meses de matrimonio de mis padres implicaron grandes cambios para mi mamá. Para venir a vivir a la ciudad, dejó atrás mucho: su entorno, a su madre y a su hermana, a sus amigas, sus rutinas y sus rituales. Todo se modificó. Su vida social se ralentizó. Solía decir que era como si hubiera bajado de categoría. Ya no la invitaban a bailes ni participaba en cafés canasta ni tenía que ponerse elegante los domingos. A nadie le interesaba quiénes eran sus padres ni les decía nada su apellido. Sentía que se desmoronaba en medio de una aglomeración de casas, en el enredijo de calles y el enjambre que era ese gentío que subía y bajaba de los trolebuses, caminaba a tu lado sin saludar, sin mirar nada, sin notarte.

Sus días transcurrían lentos. Iba mucho a casa de su tía Pita—su única pariente cercana— a verla y a platicar con sus primas, hasta que el querido tío le hizo una atenta observación para que espaciara las visitas. Al fin y al cabo, los casados quieren casa, ¿a qué no? Las costumbres en la ciudad son tan distintas. Se alejó para dar espacio a una prudente distancia que intentó llenar con la práctica fatigosa de llamar a la cigüeña, pero parece que por más que se esforzaban por escribir cartas a París, el cartero no las

entregaba o a alguien se le estaba olvidando ponerles estampillas.

El ginecólogo le pedía calma. Mientras más se angustie, señora, más va a espantar a la cigüeña. A mamá le parecía que esa era un ave por demás asustadiza. Y, es que me puedo imaginar el tedio de una mujer como mi madre, acostumbrada a moverse rápidamente en un tación, a hacer todo en forma ágil y bien, que le encanta estar ocupada. Era y es de esas mujeres que, si no tienen algo que hacer, se lo inventa.

Veía, decía mamá, como pasaban los minutos arrastrándose por la circunferencia del reloj de la cocina, desde la mañana hasta la noche en que estaba sola porque Enrique se iba a trabajar y yo me quedaba a en casa sacándole sangre al piso, mientras tallaba a escobetazos, sacudiendo hasta la última mota de polvo y repetía todo como quince veces entre las ocho de la mañana en que me quedaba sola hasta las ocho de la noche en que mi marido regresaba. Contaba que repetía las rutinas quince veces al día, peinarse y despeinarse, cambiarse el esmalte de las uñas, bolear zapatos, remendar calcetines, dormir, despertar y ver que las manecillas del reloj no avanzaban casi nada. El día transcurría en abrir y cerrar el refrigerador. Me la pasaba tomando hasta nueve siestas y dándome cuenta de que seguía siendo la misma fecha. Y, así todos los días por meses.

Eso decía.

Las paredes de la casa se me venían encima. Salía a caminar, me arreglaba para salir a caminar. Empezaba a avanzar rápido, como dando pequeños saltos. Respiraba. Sentía que una emoción me sacudía cada que veía como los pelotones de gente entraban y salían del tranvía para dar comienzo a su jornada laboral. Gente que daba pasos con la cabeza gacha, con los ojos entrecerrados, que se cruzaba conmigo, que podían chocar contra mí y nadie me veía. Era una mujer invisible, inmaterial a la que se le desgastaba la alegría y se le instalaba un sofoco que le impedía respirar. Eso decía.

Me asustaba ver a tantas personas sin identidad. Me hacía a un lado y me recargaba en algún poste de cemento para recuperar el aliento. Les sonreía y les pedía perdón por estar parada, estorbando, pero no se percataban de que estaba ahí. Cuando acumulaba la serenidad suficiente, regresaba a casa sintiendo que algo se me había desprendido para siempre. Dejaba de salir hasta que el aburrimiento me expulsaba nuevamente de la casa.

Por eso, puedo figurarme el gusto que le dio aquella mañana que fue a la farmacia y se encontró a La Nena Aguilera, una conocida del pueblo que era como diez años mayor que ella —tal vez más, pero eran los que La Nena confesaba ganarle a mamá—. Al principio no la reconoció, la vio como a una mujer no muy joven que estaba embarazada. Por eso se le quedó viendo. La Nena al sentirse observada volvió el rostro y enseguida la conoció a pesar de que jamás fue su amiga y que no habría habido forma de que naciera una plática entre dos mujeres tan diferentes, a no ser por lo esclavizada que estaba mi mamá por el aburrimiento. No sólo era la diferencia de edades sino lo distintos que eran sus intereses: una estaba concentrada en ser mamá y la otra en otras cosas.

En estricta justicia, puedo pensar que fue mi mamá quien se le colgó al brazo a La Nena y que seguramente fue mi madrecita linda la que tomó la iniciativa de entablar una conversación que derivó en una invitación a tomar café a la casa. La Nena Aguilera estaba casada con un químico prominente que trabajaba en el Centro Médico y tenía dos hijos: La Nenita, que por esos años tendría unos nueve o diez años y Bat Bobby un niño hermoso que estaba obsesionado con jugar béisbol y era muy malo para la escuela. La invitación fue aceptada de inmediato de mil amores.

Me dio mucho gusto encontrarme a alguien conocido, un rostro que tuviera nombre y apellido y que supiera cómo me llamaba. La invité a tomar un café y quedamos que vendría al día siguiente por la tarde. Fue la primera vez que Enrique llegó a la casa sin que

lo estuviera esperando en la puerta. Me encontré atareada horneando galletitas y un pie de manzana. Ya había hecho una gelatina de rompopo y había almidonado las servilletas y el mantelito que iba a poner en la mesita de café para recibir a las visitas. Aquella noche, mientras mi marido dormía a pierna suelta, yo no podía conciliar el sueño de emoción.

La Nena Aguilera llegó puntual y con Bat Bobby de la mano. Mamá sólo la esperaba a ella, pero ni de broma le hizo notar su sorpresa. Le ofreció café y galletitas y el niño estuvo feliz de probar el pie de manzana con una bola de helado. Pronto, había una mancha de vainilla en la alfombra nueva y un boronero de galletas regadas por toda la sala. Las dos mujeres estaban incómodas hasta que Bat Bobby preguntó si podía ver la tele. Mamá le dijo que sí y lo llevó al hall de las recámaras que había acondicionado como sala de televisión.

Dejé a Bat Bobby sentado viendo un programa de vaqueros que estaba en el canal cinco. La Nena sacó un cigarro, lo encendió y se relajó. No hay nada que detenga la conversación de dos mujeres que quieren platicar, el tema fue lo de menos. Empezamos por los recuerdos del pueblo, seguimos con la vida de la ciudad y las diferencias en los ritmos, los tiempos y las costumbres. Me sentí aliviada al escuchar que La Nena también extrañaba. Enumeraron lo que echaban en falta: las papas de carrito, al hombre que vende chinchayote con limón, sal y salsa en la plaza, la paletería del legendario Don Joaquín. Estábamos encantadas, dejándonos llevar por la plática: ella con el gusto de hablar de algo que no fueran tareas de la escuela y proezas del béisbol y yo contenta de tener a alguien de visita. A nadie nos pareció raro que el niño no hiciera ruido.

—Estelita, ¿me regalas esta pistolita? —era Bat Bobby que se había entretenido escuchando los cajones del cuarto de mis padres.

Ví al niño con la pistola en las manos, apuntando en dirección al vientre de su madre. Tenía el dedo índice en el gatillo y el pulgar sobre la cacha.

—¡Roberto!, ¿de dónde sacaste eso?, ¿qué te dije de andar escuchando?

—Silencio, arriba las manos o disparo —dijo Bat Bobby como si estuviera imitando a los personajes del programa de la televisión. Se rascó la barbilla con la mano izquierda y llegó a una conclusión —tú no me mandas mamá, la pistola no es tuya. ¿Me la regalas, Estelita?

—Roberto, te lo advierto...

—Nena, espérame tantito. Ven, Bat Bobby. Préstame pistolita, déjamela ver, ¿sí?

—¿Si te la presto, me la regalas? —preguntó sin dejar de apuntar a su madre.

—Puede ser.

Bat Bobby le dio la vuelta al revólver, y se la dio con la corrección con la que se entrega un cuchillo filoso. Entonces, le cambió la expresión a La Nena, tomó a su hijo de la mano y salió de la casa hecha un torbellino.

### 3.

Entré a casa esperando que mi mujer me recibiera con la historia feliz de su tarde con La Nena Aguilera. Me topé a una esposa llorando. Era claro y evidente que no lloraba desde hacía mucho tiempo y que hacía rato que necesitaba hacerlo. Parecía que las boronas que estaban en el tapete nuevo se le habían desgranado del cuerpo. Por la mañana la dejé feliz y llena de confianza en que su pie de manzana le iba a fascinar a su visita y si no, ahí estaba la gelatina de rompopo y ya en últimas, el helado de vainilla.

Fijé la mirada en la alfombra y luego en la mesita de café. Ahí estaba el revólver que me regaló mi papá y junto estaban las balas con las que estaba cargada. De sola ojeadá me di cuenta de que no faltaba un solo tiro.

Por años las discusiones en la casa giraron en torno a quién habría sido el culpable de esa tragedia. Mi mamá, por supuesto, responsabilizaba a mi papá por haber dejado la pistola tan a la mano. Papá siempre se defendía diciendo que ella bien que lo sabía, así que dado el caso, él imitaría a Poncio Pilatos. ¿A quién se le ocurre dejar a una criatura sola? Estaba viendo la tele. No lo estaban cuidando. Estábamos platicando

Siempre he creído que Bat Bobby no debió meterse al cuarto de mis papás. Lo que nadie cuenta es que La Nena Aguilera no estaba embarazada, simplemente ella era así de gorda, pero mi mamá sí. Me alegro de que Bat Bobby no me hubiera apuntado con la pistola. Y, sí, los Beatles tuvieron un disco que se llamaba *Revólver*.





*Cara a cara*

José Luis Gutierrez Brezmes



*Indignación*

José Luis Gutierrez Brezmes



*Independencia*

José Luis Gutierrez Brezmes



*Jardín de mamá*

JoGu Castro



*Mi pueblo*

JoGu Castro



*Sin título*

Constanza K.

# Historia de un jardín

W. A. Flores

Ivette tenía el rostro empapado por las lágrimas, y al tratar de enjuagarlas con su mano libre, las había esparcido creando una extraña máscara con el maquillaje corrido y algunos mechones de su cabello. Unos espasmos ocasionales la sacudían y de seguido se ponía a gritar. Le suministraron un calmante, y para no trastornar más la atribulada noche de la sala de emergencias, la pasaron de inmediato al consultorio más alejado. El policía que la custodiaba no quiso quitarle las esposas que sujetaban su otra mano a la silla de ruedas.

Luego de ser evaluada por un médico, que solo encontró que las palmas de sus manos estaban muy laceradas, casi en carne viva, la psicóloga, una mujer grande y sonriente llegó acompañada de Campos, el detective que iba tomar la declaración de la muchacha. Bajo el fuerte ataque de nervios que la dominaba, no lucía muy coherente, pero para la ley era necesario aclarar cuanto antes lo ocurrido.

Sobre todo porque había un cadáver de por medio.

Ivette era una mujer pequeña, de bonitas formas y rasgos de muñeca, en el sentido de que era físicamente adulta con escala casi de preadolescente. El detective se sorprendió por los cargos que se le atribuían, esas dudas se incrementarían más adelante, cuando llegara a saber que la muchacha era conocida por su timidez y por una alegría forzada que brotaba en medio de silencios regulares.

Tras revisar las notas, a Campos le costó creer que la víctima, Adán, un hombre robusto y de estatura promedio, no hubiera podido repeler el ataque pues, a simple vista, con un empujón hubiera dejado fuera de combate a la atacante. Sin embargo, Adán estaba muerto y su ancho cuello, casi invisible por la papada, era un bulto morado por la estrangulación que le destrozó la tráquea.

La evidencia era contundente, sin contar las decenas de fotos y videos tomados por los testigos en el lugar de los hechos. Lo que empezó como una conversación cordial, en un tranquilo restaurante, llamó la atención porque la mujercita, en apariencia, empezó a jugar con la corbata del grandote, y un comensal fue el primero en levantar su teléfono para cubrir cualquier eventualidad que pudiera interesar a las redes sociales. Lo que ocurrió a continuación sorprendió a todos, pues Ivette, saltó sobre Adán, quien sorprendido, perdió el equilibrio en su silla, cayendo de bruces y entonces ella empezó a tirar de su corbata.

—¡Adi! —gritó Ivette de repente, sorprendiendo a Campos y a la psicóloga —¿Dónde está?

Campos, por su experiencia, sabía que muchos sospechosos de homicidio usaban el “olvido” como primera treta para mitigar su responsabilidad.

Algunos testigos intervinieron y los separaron, pero ya era demasiado tarde. En cosa de segundos el hombre ya estaba muerto. Campos, dirigió una mirada inquisitiva a la psicóloga.

—Ivette, ¿recuerda lo que ocurrió?

La muchacha se esforzó por taparse la cara con ambas manos, olvidando que estaba esposada.

—¡La corbata! —respondió agregando más dudas a los interrogadores.

Ivette balbuceó que Adán, Adi, su amigo la invitó a cenar para contarle sobre



su viaje a las selvas guatemaltecas. También intercaló un relato de su pasado en la zona rural donde vivió y que tenía un potrero con muchas serpientes. Agregó que un tal Justo Pastor empezó a frecuentar a su mamá. Se refirió a Adi buscando artesanías y que la mayoría eran réplicas chinas. Dijo que siempre veía culebras en sus sueños, que Justo construyó un pozo y Adán siguió a un maya viejo y enjuto con un ropaje ceñido que parecía ser su propia piel. El nombre, Justo Pastor, era real, le quedó apenas porque fundó una iglesia. El viejo maya vivía en una casucha que por dentro era como un santuario, lleno de pieles de serpiente...

La psicóloga revisó la prescripción del tranquilizante que aplicaron a la muchacha. Era una dosis suave, pero supuso que Ivette era muy sensible y ahora estaba teniendo una reacción. Buscó orientarla procurando no influir en sus pensamientos.

—Ivette, te reuniste con Adán. ¿De qué hablaron?

Adán frecuentaba las regiones mayas. Le fascinaban los remanentes de esa antigua y bella cultura, pero lo olvidado y misterioso que quedaba en manos de unos pocos y que, según Adi, eran inmortales y vivían en el anonimato. Como el hombre de las pieles de serpientes.

—¿Había problemas entre ustedes? —intervino Campos.

La psicóloga lo miró con severidad. Los dos querían cumplir con sus respectivos trabajos, si el detective tenía un poco de paciencia, ambos lograrían sus objetivos.

Ivette agregó que Justo Pastor construyó un foso en el rancho que usaba para sus asambleas. Allí arrojaba los ofidios que capturaba. Luego, desde el púlpito pregonaba, mientras exhibía una manzana, que allí pondría a prueba la fe de los verdaderos creyentes. Entonces los alentaba a entrar y cruzar el foso para así salir como criaturas nuevas.

—Ivette— dijo la psicóloga—, Adán era su amigo...

—Mi mejor amigo— suspiró. También era un buenazo, siempre de buen talante y con gestos bondadosos hacia sus semejantes. Confiaba en todos y tenía una descomunal capacidad para el asombro junto con un bajísimo escepticismo.

—Le cedió una piel— susurró Ivette mirando un punto perdido.

A la madre de Ivette le advirtieron que Justo no hacía honor a su hombre. Había rumores sobre las hijas de sus anteriores mujeres.

—Y su obsesión con las culebras.

—¿Qué es la majadería con las culebras? —se quejó Campos, entre dientes. Ignoró el gesto de censura de la psicóloga. Esta captó que, en cierta etapa de su vida, Ivette había empezado a experimentar una contradictoria curiosidad hacia las serpientes. Quizás había algo de morbo en ello, por su presencia en los orígenes según los textos sagrados, además del foso de las culebras y la contundente verborrea de su padrastró.

—El maya le dio la piel, gracias a las buenas maneras de Adi. Bueno, lo cierto es que cuando quiere algo, no se da por vencido hasta obtenerlo. Con la piel se hizo una corbata.

El relato de Ivette, a pesar de los sollozos, a ratos se volvía más ordenado pero no parecía llegar a una conclusión. Campos, molesto, se levantó de su silla.

—A veces aparecía en la ropa —dijo Ivette de pronto, tuvo un violento espasmo y entornó todavía más los ojos—, de Justo.

La psicóloga alzó la mano, mandando a callar a Campos.

—Adi estaba feliz con su corbata —dijo ahora Ivette con tranquilidad—. Era de piel de boa—. Y gritó—: ¡Estaba en sus pantalones!

—¡¿Qué?! —exclamó Campos— ¡Esto ya es...!

En un solo movimiento la psicóloga lo tomó de brazo, lo sacó del consultorio y puso el seguro. El policía en la puerta no alcanzó a reaccionar.

—Sigue— pidió con suavidad a Ivette.

Entre hipos dijo:

—Se estiró... Tenía esos ojillos... Mamá no estaba... Quería morderme. Adi se ahogaba. La agarré. Quería arrancársela. Adi se puso rojo... morado... Yo jalaba y jalaba. La corbata era muy fuerte no pude, no pude... ¡Adi!

Una hora después la psicóloga dio su evaluación a un detective resentido, que solo logró comentar:

—No encontraron ninguna maldita corbata.



# El legado

Cristina Carrió Boixeda

Los sucesos de la noche del 11 de febrero de 1933 se impregnaron en mí como la brea y despiertan sudores en las noches más heladas.

En la oscuridad, intuí dos figuras al otro lado de la puerta. Una pareja burguesa emergió de entre la niebla apenas iluminada por un farol. El caballero cargaba a una mujer delirante. ¿Miquel Montllor? Yo mismo. Necesitamos su ayuda. Pasen. Él arrugó la nariz cuando le envolvió el olor a humedad que acompañaba nuestro ascenso por la escalera. No era la primera vez que residentes de la Bonanova me visitaban. De naturaleza escéptica, sólo buscan en el esoterismo y el más allá soluciones que no obtienen de los médicos y los santos. Pronuncian mi nombre entre susurros amortiguados por las cortinas de terciopelo que ocultan la caída en desgracia de algún integrante de una familia de bien. Una vez el problema esté resuelto, negarán conocerme y el éxito de mis servicios.

En la habitación, el aire se tornó denso. Acomodamos a la joven en una silla. Retorcidos cabellos enraizados sobre el rostro enmarcaban unos ojos en blanco. Murmuraba rezos incomprensibles. El cuerpo permanecía flácido. Preparé mis velas y amuletos. Repartí malaquita y obsidiana por la mesa. ¿Cuánto lleva así? Casi cuatro días. ¿Consume alguna sustancia? Una copita de anís de vez en cuando. ¿Antecedentes familiares? Adoptada, las monjas la encontraron con tres años. Tracé un círculo de sal alrededor nuestro. No lo cruce bajo ningún concepto, advertí al acompañante.

La até a la silla. ¿Es necesario? Por supuesto. Las manos de la chica, casi traslúcidas, estaban demasiado frías. Bajo su piel sentí una convulsión apenas perceptible, como si algo tratara de filtrarse por los poros. No había tiempo que perder. Repetí las frases aprendidas para la lucha —*og te ngodōrik, ertuwuch lāriun, uní vlech valēm—*, sin éxito. Intensifiqué mis esfuerzos —*og te blitrurum, grichtelm min lodariūt, uní vlech lutēm—* hasta que la silla empezó a temblar.

Recorro los laberintos de su mente. Necesito encontrar el origen del dolor.

Mis piernas se hunden en el lodo mientras transito entre paredes cubiertas de musgo. Camino, mas no avanzo. Todo en ella es resistencia. No quiere revelarse ante mí. Garras de árboles secos flotan en el aire y rasgan mis ropajes. El espacio se sostiene en una calma inquieta. Por fin, una pequeña puerta. Al otro lado, ropa infantil teñida de húmeda muerte en el suelo. En las estanterías, urnas con aceites y ungüentos, grasa, sangre coagulada, un fémur quemado de apenas un palmo de longitud. Encima de la mesa un niño me mira y grita con la boca cerrada. Una voz agrietada entona una cancioncilla infantil. Dos manos esqueléticas clavan una llama de acero en el vientre del chiquillo. De allí brota un pantano de sangre que sumerge mis pies.

Sentí miedo. El mal estaba arraigado en sus entrañas desde hacía demasiado tiempo. Mi voluntad flaqueaba. En silencio, me miró. Sus ojos luchaban por escapar del rostro. Tentáculos de sombra surgieron de su cuerpo, se desplazaban por el suelo y reptaban por las paredes. La luz de las velas no era competencia para la tarántula de tiniebla que engullía la sala. Un gorjeo escapó de su laringe cual risa transfigurada. Dudé si podía, o debía, seguir adelante. El cuerpo de la joven se tensó y empezó a moverse entre espasmos. Un aliento agrio, nauseabundo, invadió la estancia. La intermitencia de las

llamas mostró su cara desfigurada en muecas imposibles. Supliqué que las protecciones escogidas fueran suficientes.

La chica batallaba por clavarme sus huesudas manos. Las fibras de las cuerdas se desgarraron por la presión acumulada. En un instante perdería la contienda. Alcé la voz e invoqué palabras malditas. Las ventanas se abrieron de golpe. Los cristales estallaron. Un chirrido perforó mis tímpanos. Y la oscuridad lo absorbió todo. El alma me abandonó y caí al suelo.

Si pasaron segundos u horas, nunca podré saberlo. Abrí los ojos para descubrir que la claridad había vuelto. La habitación ahora respiraba serena. La mujer recuperó la conciencia y un semblante tranquilo. Con una toalla sequeó el sudor de consistencia aceitosa que la cubría. Marido y mujer se abrazaron, reconociéndose de nuevo. El caballero pagó cuatro veces la tarifa usual. Al despedirse, Clarisa se giró y su mirada resbaló hasta mis ojos. Una chispa opaca danzó en su pupila y aquella sonrisa, ligeramente visible, la traicionó. Una advertencia se me atascó en la garganta.

Tres meses más tarde, dos noticias en el diario pusieron luz a lo ocurrido. A página completa, *Clarisa Martí sigue desaparecida. Su marido recompensará cualquier información.* Más adelante, resumido en pocas líneas, *Continúan las desapariciones de niños en el barrio de La Ribera. La sombra de la vampira del Raval acecha Barcelona.*



# El dedo y la hormiga

Juan José Bermúdez Flores

Aquella mujer con su bocina de juguete y el micrófono, cantando a pedazos; a su lado un niño que succiona una bolsa de jugo. Las grietas que abrió la humedad y fijan los caminos de un hormiguero, un movimiento alegre y bien definido. Siguiendo una fila de puntos negros encuentro unos zapatos azules con las cintas de terciopelo y el nylon que las sujeta y evoca, desde el recuerdo, un ruido estático, penetrante. Tengo la impresión de que aquel niño también mira las hormigas; pero de una forma distinta, no con el hábito referencial de los que hemos vivido lo suficiente para hacernos vulgares, no, él las mira así, sin lenguaje, en una claridad silenciosa.

Ha esperado un espacio vacío entre dos obreras para apretar su dedo contra el cemento e interrumpir la cadena de ida y vuelta que mantiene viva a la colonia. Las demás se preguntan qué ha sucedido. Cada una estudia el fenómeno por su cuenta, posan sus antenas entre los surcos dactilares del niño, y en un cambio alarmante de velocidad, vuelven el camino de regreso, avisando a las otras, quienes, incrédulas, suben hasta el dedo para estar seguras. Un mismo escenario se vive al otro lado, donde otras han claudicado y giran sin sentido, lejos del grupo. Mientras él succiona las últimas gotas de jugo y sus cachetes se desinflan, descubriendo los pómulos detrás de sus rubores, el dedo queda desierto, exceptuando las dos o tres que, vuelta tras vuelta, se alejan en la amplitud de una baldosa.

Lo veo con el rostro firme, los deditos temblando de fuerza alrededor del plástico. Un pozo detrás de mis ojos libera sus vapores que, al tiempo que se condensan, caerán desde el balcón que cercan mis dos filas de pestañas.

No he empezado a llorar cuando la primera se acerca al obstáculo y es capaz, por una suerte del ingenio, de esquivar la masa carnosa que se ha puesto blanca en función del peso; agita sus extremidades de alambre, gozosa de su descubrimiento, y emprende el regreso.

Un momento después la fila ha vuelto a organizarse en torno al dedo. De pronto la mujer del micrófono deja de cantar, dice algo sobre un aporte a no sé qué asociación de artistas para recuperarse tras la pandemia. Escucho el paso amodorrado de los carros y es cuando recuerdo las innumerables voces que se han apagado, aisladas, sin que un mirador de hormigas como yo o como el niño podamos decir nada. La luz cae, total, sobre Ibagué, cuando empiezan los gritos. Un cuadro ridículo de la madre jalándolo del brazo en tanto el otro mantiene su dedo, ya morado, en el mismo lugar; las hormigas pasando en silencio, las motos que también pasan y la gente que se vuelve hacia el escándalo, murmurando. Sé que mi rostro se empapa en cuanto él hace un último intento y, estirándose, aplasta una hormiga.



# El aire que abría y cerraba

Antonio A. Huelgas

La puerta me molesta. Un ruido constante cada vez me provoca más nervios. La puerta está entrecerrada y el aire la abre, apenas un palmo, si acaso. Así golpea con ligereza, una y otra vez, durante toda la noche. Ha pasado antes, pero hoy es demasiado molesto.

Tan sólo debería cerrarla, pero los nervios y el cansancio no me lo permiten. ¿Debería encender la luz? Trato de respirar hondo. Enfoco la luz del celular hacia el rincón, para buscar pistas, sin éxito. Nada pasa, sin embargo, no puedo guardar la calma. Era el aire el que movía la puerta. Cierro los ojos. Otro golpe. Respiro más aprisa, ¿Por qué me siento así? ¿Quién podría estar afuera? Nadie, todo está cerrado. No habría motivos naturales ni mucho menos sobrenaturales para ello. Dormiré. No, ya no: he perdido el sueño. Debería levantarme y corroborar que no hay nada. No, es una pérdida de tiempo. Tengo la seguridad de que sólo es el aire. Pero no dormiré hasta que lo compruebe. Debo levantarme e ir. ¿Por qué tanto cansancio?

Pasan los minutos, quizá horas. Ya no sé cuánto tiempo. Respiro entrecortado, muy aprisa. Un escalofrío me recorre. ¿Alguna vez podré levantarme?

Escuché un ruido afuera. Son autos, acaban de arrancar a toda velocidad, ¿Alguien entró a robar? No, los hubiera escuchado. Seguro es otra cosa, esta calle está muy transitada, incluso en la noche. El objetivo perfecto. ¡Ya! Debo tranquilizarme.

Al fin, después de mucho, logro levantarme. Creo que no quiero ir. Observo la puerta durante un rato, en la oscuridad. La veo golpear, una y otra vez.

Pasa otro rato.

Llego a la puerta, enciendo la luz y abro la puerta. El pasillo está en solitario, como lo pensé. Nunca hubo nadie afuera. Fue el aire.

Voy de vuelta a mi cama. Espero un momento, pues me doy cuenta de que la ventana está cerrada.



# Supermercado

Roberto Antonio Remedi

Estoy en la sección de alimentos secos, donde se consiguen granos, harinas y derivados. Mientras camino, conduzco el carro con la mano derecha. Con la mano izquierda sostengo la extensa lista de productos que debo conseguir. Leo con atención procurando no obviar nada. Tengo en cuenta que falta aún pasar por los sectores de bebidas, artículos de limpieza y perfumería. Debo hacerlo de prisa porque estoy escaso de tiempo. Pero necesito cargar fideos. Entonces detengo la marcha y busco en la góndola la marca indicada. Cojo un paquete de espaguetis y lo acerco buscando averiguar la fecha de caducidad. En este preciso momento escucho la voz de una mujer.

—¡Dichosa su esposa que tiene un marido que le haga las compras!

Se la oye decidida y con cierto desparpajo. Elevo la vista. Es una señora mayor, acompañada de otra señora, mucho mayor aún. Supongo que es su madre. La primera luce cabello de color castaño claro —demasiado uniforme para ser auténtico—, la segunda tiene el pelo completamente gris —ya parece estar resignada—. Las crucé minutos antes en la sección de frutas y verduras. Lo recuerdo perfectamente porque llegaron un segundo antes que yo al lugar donde está ubicada la balanza. Ahí tuve que esperar treinta minutos para pesar dos peras, dos manzanas, más unas cuantas hortalizas. Todavía tengo clavada la espina. Sorprendido ante la indiscreción —odio la gente metiche— contesto sin el menor reparo.

—¡Usted quiere decir que me tienen cagando!

—¡Oh! No, no, no... Señor. Jamás quise decir eso... Me parece muy bien que un esposo ayude a su esposa, es todo. ¡Ella debe estar orgullosa!

En la ciudad donde vivo son comunes las personas metomentodo. Llegué a esta urbanización hace muchos años por razones de estudio. Pero lo cierto es que, a pesar del tiempo transcurrido, nunca pude saber si la especie humana habitante de este terruño es simpática de verdad o si es metida por naturaleza, o ambas cosas finalmente. En lo que a mí respecta, disfruto siendo desagradable y redoblo la apuesta cada vez que se presenta una mínima oportunidad. De modo que decido seguir la corriente y divertirme.

—Está bien, no se preocupe. Es la verdad, Señora, me tienen cagando. Debo reconocerlo, de una vez y con todas las letras. Como reza el dicho popular: “Algunos nacen con estrellas y otros...”

—Pero bueno, imagino que el señor obtiene una generosa recompensa y en especies... ¡Después de tanto trajín!

Ahora la vieja quiere salir del berenjenal, donde acaba de meterse, apelando al doble sentido. Porque también es común en esta ciudad que los vecinos lancen insinuaciones de cualquier tipo, ni bien entran en conversación. Son verdaderos expertos en el uso de la ambigüedad y la polisemia. La señora mayor muy mayor, escucha el diálogo, obligada por la hija. Y tiene que aguantar lo que venga.

—Por supuesto, Señora, el paseito semanal por el supermercado no es gratis. Le comento, las especies son bien abundantes y el pago funciona tan puntualmente como un reloj suizo.

—Mmmm... ¡Por favor, no quisiera entrar en detalles! —Ahora la vieja metiche intenta hacerse pasar por la típica burguesa recatada, tanto que de pronto se le

suben los colores—. Pero celebro que su esposa se porte bien y sea agradecida.... ¡Usted lo merece!

—No es mi esposa.

—Y entonces ¿quién es?

—Es mi esposo.

—¡Ah!

La señora parlanchina aspira la letra A enviándola hasta el último recoveco del diafragma, mientras los músculos del rostro se tensan hacia atrás y los ojos presionan con fuerza hacia adelante. Por su parte, la señora mayor muy mayor, quiere ocultarse detrás de su cabello gris, sin ver la hora de huir ante semejante situación embarazosa. Yo sigo mi camino, empujando el carro. Aún debo cargar la mitad de los productos que me ha encomendado mi madre. Hace tiempo que ella no puede desplazarse firmemente y depende de otros para hacerse de unos cuantos artículos del supermercado.





# Sapos en la lluvia

Ghada Martínez FCE, 2021

JULIANA

Los gritos de Juliana me despiertan y antes de enterarme de qué pasa ya estoy golpeando con los puños la puerta de su habitación y gritándole que abra. Mis padres no tardan en llegar junto a mí. La puerta sigue cerrada y los sollozos son cada vez más fuertes.

Lloramos, le hablamos suave, le suplicamos. Por favor, abre. Nada. Sólo alaridos, gorgoteos, chillidos, como si le estuvieran lijando las cuerdas vocales. Me tapo los oídos para no escuchar el miedo y terminamos por abrir la puerta a patadas.

La encontramos arañando el piso; mamá corre a envolverla con sus brazos y mis padres forcejean con ella. Le revisan todo el cuerpo, mamá le mete dos dedos a la garganta para obligarla a vomitar: lo único que saca es saliva y jugo gástrico. Se calma y mis padres se miran asustados. Intento normalizar mis latidos y me quedo de pie en el umbral.

Sus sábanas y almohadas están esparcidas por todo el cuarto, los libreros volcados; la lámpara, el colchón y los frascos de su tocador en el suelo junto a pedazos de cristal y barnices de uñas rotos. Varios jirones de papel tapiz cuelgan de la pared, hay líneas de sangre seca en los muros. Juliana se recuesta en las piernas de mamá y esta le aparta el cabello húmedo de la cara. El cuarto huele a sudor y una mosca gira alrededor del foco que cuelga del techo. Observo la cara enrojecida de mi hermana: sus ojos hinchados, las marcas blanquecinas que dejaron las lágrimas en sus mejillas, el hilo de saliva colgando de su boca. Aguanto la respiración y después miro sus manos, sus nudillos amoratados, las puntas de sus dedos en carne viva, los trozos de uña que no consiguieron arrancarse. Ve por un vaso de agua, me pide papá. Salgo de la habitación y exhalo.

Son las cuatro de la mañana. Cuando regreso al cuarto, mamá está hablando por teléfono y papá intenta recoger lo que está tirado en el suelo. Juliana está sentada en la orilla de la cama, le extiende el vaso y ella no levanta la mirada, pero lo agarra y se lo lleva a los labios, aunque el temblor de su mano hace que la mitad del vaso se derrame.

Finjo no darme cuenta. Poco después llega una ambulancia y solo alcanzo a darle un pequeño apretón en la mano antes de que se la lleven. Mis padres la acompañan. Ponle llave a todo, revisa que las ventanas estén cerradas. Lo primero que hago en cuanto se van es cerrar la puerta del cuarto de mi hermana y prender todas las luces de la casa.

Mi corazón martillea e intento respirar sin hacer ruido. Llevo una cobija a la sala y me acuesto con los ojos muy abiertos y sin darle la espalda a la puerta del cuarto de Juliana. Escucho que un libro se cae de una repisa y, cinco minutos después, un retortijón me sacude las tripas y me obliga a correr al baño.

Cuando regreso me acuesto en el sillón y busco con la mirada el libro. El miedo es amarillento como la luz del cuarto de mi hermana, huele a sudor y me mira a través de una cortina de cabello negro. Aprieto la mandíbula e intento contener las lágrimas. Es inútil, así que lloro hasta que mis ojos se hinchan tanto que tengo que mantenerlos cerrados. Ojalá Miló estuviera aquí para tranquilizarme con su calor; me lamería la cara, movería la cola y nos acurrucáramos juntos.

Es sábado. Mi familia regresa del hospital a las diez de la mañana. Juliana llega con las manos vendadas. Sin levantar la mirada del suelo, se encierra en su habitación.

Mis padres van a la cocina, preparan café y después se sientan a la mesa. Me acerco y los escucho susurrar. Nudillos fracturados... Te lo dije... Al menos esta vez... Solo los dedos... No de nuevo... Si se hace algo va a ser tu culpa, entonces.

Desayunamos juntos, mis padres están pálidos y tienen ojeras; cuando me ven llegar se callan y se dedican a comer. Me levanto de la mesa y toco la puerta del cuarto de mi hermana. No contesta. Sigue sin contestar, así que entro. La encuentro acostada en su cama, con los audífonos puestos. Me mira y extiende un brazo para que me acueste junto a ella. Me pasa uno de los audífonos y escuchamos música hasta quedarnos dormidos.

Cuando despierto, lo primero que veo son las marcas que le cubren el brazo. No recuerdo una sola vez en la que mi hermana me haya abrazado sin rozarme la cara con alguna cicatriz. Caídas, raspones, cortadas, arañazos, mordidas, fracturas; cualquier cosa para que no duela, lo que sea para no pensar, lo que tome para que vuelva la calma. A Juliana le da más miedo quedarse encerrada consigo misma que ver sus tripas desparramadas en el suelo.

Mis padres se dieron cuenta de que lo hacía a propósito desde que era muy pequeña. El día que nací, ella se rompió un brazo, y eso ha sido nuestra relación todos estos años. Ella tenía seis y ni mis padres ni yo supimos nunca qué fue lo que sucedió en esos veinte minutos que la dejaron en la sala de espera del hospital. Catorce años después, sigue negándose a hablar del asunto y lo único que he escuchado durante toda mi vida es la misma historia de cómo mis padres escucharon sus gritos — siempre sus gritos—en el pasillo y cómo su antebrazo colgaba partido a la mitad, con la punta blanquísima del hueso asomando a través de la piel.

Cuando entré a la primaria, sucedió un imprevisto con un cuchillo de cocina; cuando aprendí a nadar se arrancó un pedazo de lengua al morderse demasiado fuerte; cuando me caí trepando un árbol en casa de los abuelos y me abrí una ceja, Juliana empezó a ir con la doctora Vázquez; cuando gané mi primera competencia de natación, el contratiempo fue que mi hermana se tragó por accidente un bote de pastillas para dormir. En mi último cumpleaños, Juliana se achicharró un dedo sin querer, con el encendedor que íbamos a usar para las velitas del pastel.

La escucho sorberse la nariz junto a mí. ¿Quieres ver una película? No, tengo que limpiar. Ándale. Le pico las costillas. No, ve tú, ahorita te alcanzo. Me levanto de la cama e intento distraerme armando un avión a escala. Antes era más fácil hacerla reír o convencerla de salir a caminar un rato. En su habitación los libros acumulan polvo, cada vez está más cansada. Su cabello está enmarañado, duerme todo el día y su aliento huele mal. Ya ni siquiera me pide perdón por lo de Miló, mi labrador negro al que tuvimos que dar en adopción después de que Juliana lo moliera a palos. Se me acumulan los reproches y el fastidio.

Papá va al súper y mamá se queda en la casa para cuidarnos o, más bien, para cuidarla a ella. Son las doce del día y el tiempo se arrastra. Decido ir a la alberca un rato. Mamá me reprocha que quiera salir, dice que es mejor que me quede cerca por si pasa algo, pero estoy decidido a olvidarme un rato del asunto. Al final se resigna.

Ve con cuidado. Tomo un microbús, me bajo frente a la escuela de natación.

El olor a cloro y las paredes de mosaicos azules me alivian. La señora de la recepción me dice que tengo dos días de atraso en el pago.

Los sábados casi no hay gente, así que me cambio con calma en los vestidores y me siento en el borde de la alberca para meter los pies; mis dedos forman círculos en el agua. Hay cuatro personas más: una señora mayor, un niño pequeño

con su mamá y el salvavidas. Después de un rato me zambullo y doy un respingo al sentir una corriente de agua fría. Me concentro en respirar y en mi cuerpo suspendido; relajo la espalda y estiro las extremidades lo más que puedo. Miro hacia abajo, mis pies lejos del fondo, las líneas que dividen los carriles y cómo se difuminan los bordes de la alberca en el azul de los mosaicos. Siento presión en los oídos y escucho, como a través de una pared gruesa, las ondas graves de sonido que viajan en el agua.

Hago mi rutina habitual: varias series de crol. Cuatro brazadas, bocanada de aire; las piernas siempre en movimiento, la cadera elevada. Observo las burbujas que salen de mi nariz. Cuatro brazadas, Juliana y yo corriendo en la playa, agarrados de la mano al entrar al mar, bocanada de aire; la patada constante, los chillidos de Miló, la cadera elevada. Sacar bien los brazos, exhalar profundo. Cuatro brazadas, ahorita no se puede, hijo, hay que cuidar a tu hermana, bocanada de aire; sin doblar tanto las rodillas. Mis goggles empañados; el avión de juguete que Juliana, papá y yo tardamos tres horas en armar; estirar bien las piernas. Cuatro brazadas, bocanada de aire; toco la orilla, me detengo. Cierro los ojos; costras y mechones negros. Se me acaba el aire, saco la cabeza y recargo la frente en la orilla; me duelen los hombros y siento mis piernas temblorosas. Cuando regreso a mi casa encuentro a mamá dormida en el sillón. Me acerco al cuarto de Juliana, abro la puerta con cuidado y veo que también duerme; después me encierro en mi habitación. Papá todavía no regresa.

Ha pasado casi un mes sin incidentes, Juliana se ve tranquila. Ayer que me asomé a su cuarto la vi desempolvando sus estantes, hurgando entre sus libros. Hace dos días me acompañó al parque. Hoy viene tía Marlene, que acaba de regresar de Perú. Papá está muy contento y ansioso por verla; hace casi tres años que no viene de visita. Hay un ánimo festivo en la casa y mamá da vueltas de un lado a otro para asegurarse que todo esté en orden. Juliana está sentada en el sillón, con los audífonos puestos y ojeando una revista. Mamá nos avisa que va a salir a comprar las cosas que faltan para la comida. Mi hermana levanta la mirada y la observa con temor. Abre mucho los ojos, sus pupilas delatan su angustia.

—No tardo—le dice mirándola.

Juliana asiente y la veo morderse el interior de la mejilla. Todavía no le cuento a mi familia de la competencia de natación en la que participaré.

Escucho la voz de tía Marlene desde mi habitación; salto de la cama y corro a saludarla. Mi hermana me sigue en silencio. Mi tía es alegre, habla muy rápido y cuando mueve las manos sus pulseras y anillos tintinean. Me emociona verla porque suele traernos regalos de los lugares a los que va y, como viaja mucho, siempre tiene algo qué contar. Me saluda entusiasmada, me abraza con fuerza. A Juliana la saluda con menos efusividad y siento una punzada de satisfacción.

Pasamos la tarde tranquilos, escuchando las anécdotas de los viajes de mi tía y entreteniéndonos con juegos de mesa. Hacia las seis, tía Marlene anuncia que tiene que irse, pero mis papás la convencen de quedarse a tomar un café. Mientras ellos preparan todo en la cocina, ella y yo platicamos en voz baja. Mi hermana está en su habitación.

—¿Cómo has estado?

Me empieza a arder la garganta, trago saliva y, sin saber por qué, siento calor en los ojos. Miro hacia arriba para disimular las lágrimas. Tía Marlene me palmea la espalda suavemente.

—No es tu culpa.

Tía Marlene nos da los regalos que trajo de Perú, el mío es una miniatura de Machu Picchu. Se despide con abrazos y la promesa de visitarnos pronto. Siento cómo me estrecha más fuerte que a los demás.

Me acuesto temprano, pero no puedo conciliar el sueño. Al cabo de dos horas me dan ganas de ir al baño; aguzo el oído y escucho los sollozos apagados de mi hermana. Me quedo inmóvil. La idea de pasar junto a su cuarto para llegar al baño me horroriza. Me da miedo que su puerta esté abierta. La imagino despellejándose un tobillo, mordiéndose sus manos o comiéndose el cabello. Siento mucha presión en el abdomen bajo; me dan ganas de llorar. Aprieto el puño y entierro la cara en la almohada, suspiro con fastidio. Si Juliana no se la pasara lloriqueando... si no se lastimara todo el tiempo... si no fuera como una niña chiquita.

Comienzo a rascarme el pulgar y a desprenderme los pellejos hasta que siento la humedad de la sangre; entonces me asusto y me aprieto el dedo con la otra mano. Intento pensar en otra cosa y antes de darme cuenta ya estoy rascándome el dedo otra vez. Cierro los ojos, suspiro resignado. Siento mis piernas mojarse y mi ropa reblandecida.

Enseguida me la quito, la escondo debajo de mi cama y me pongo pantalones limpios. Vuelvo a acostarme. Me tapo los oídos.

Despierto muy tarde. Quizá gane una medalla, quizá podamos cenar juntos y platicar sobre la competencia. Recuerdo lo que me dijo tía Marlene y llamo a dos amigos para invitarlos. Quedamos de vernos a las seis de la tarde, la competencia es a las seis y media. Desayuno con mis papás, Juliana no se sienta a la mesa con nosotros. Papá y mamá van a salir, no pongo atención cuando me dicen adónde. Cualquier cosa nos llamas. Regresamos por ti al rato. Paso la tarde viendo la tele en mi habitación. La casa está silenciosa. Son las cinco treinta y cinco, preparo mi equipo de natación, busco una sudadera y toco la puerta del cuarto de mi hermana para avisarle que ya tenemos que irnos, que papá y mamá no tardan. No abre. Toco una vez más y entro. Su habitación está vacía: la cama hecha, todo muy ordenado. Siento una presión en el pecho y comienzo a buscarla; no está en la cocina, ni en la sala ni en el patio trasero, tampoco recuerdo haberla escuchado salir.

Finalmente me detengo frente al pasillo. Al fondo veo la puerta del baño cerrada. Camino sin hacer ruido y voy deslizando las puntas de mis dedos por la pared. Un miedo reflejo de años me sube por las piernas y hasta el cuero cabelludo. Son las cinco cuarenta y tres. Me acerco y golpeo la puerta con los nudillos. ¿Juliana? Son las cinco cuarenta y ocho. Una impaciencia ya conocida se instala en mi estómago. Toco la puerta y nadie contesta, luego giro la manija, está cerrada con llave. Comienzo a rascarme el pulgar y me abro las heridas otra vez. Siento mis latidos en el dedo. Me distrae el sonido de la cerradura de la puerta principal, son mis padres. ¿Ya estás listo?, grita mi papá. Sí, ya voy, respondo desde donde estoy. ¿Y tu hermana?, pregunta mamá en el umbral de la puerta. Se adelantó, dijo que nos encontraba allá, quería pasar a comprar algo antes. Me aprieto el dedo pulgar, siento la sangre escurrirse entre mis dedos. Mamá arruga la frente y me mira por un instante y luego a papá. Suspira. Le marco en el camino, vámonos, ¿estás nervioso?, responde sonriendo e intentando disimular su preocupación.

Me revuelve el cabello y me pasa un brazo por los hombros. Nos subimos al auto y observo a mi madre llamar a Juliana una, dos, tres, cuatro veces. Alcanzo a escuchar la contestadora de mi hermana desde la bocina del teléfono de mamá. Son cinco para las seis. Quizá gane una medalla.

**Te invitamos a conocer el fabuloso:**

# *Museo de las maravillas*

Encontrarás lo que no parece real:

- *La corona invisible del rey*
- *Sinfonía para sordos*
- *El calcetín de Neil Armstrong*
- *Fuego de dragón*
- *Testamento de Hitler*
- *La honda de David*
- *Túnel que te lleva a la última luz*
- *Lagartija, auténtico descendiente de Godzilla*
- *Crónicas de los roedores de Hamelin*
- *Telar de piel humana*
- *Máscara de tigre*
- *Sirena momificada en una lata de atún*
- *Un baúl inquieto*
- *El peine de Einstein*
- *La olla de joyas al final del arcoíris*

Dirección: Avenida páginas interiores de la revista # 37  
Colonia Pretextos literarios  
Ciudad Por escrito

# La corona invisible del rey

Pita Escalona

Los miembros de la corte se han vuelto locos. Corren para un lado, corren para el otro. No saben qué hacer. La reina está a punto de partir de este mundo y dejará como sucesor a su amado hijo. El problema es que con la enfermedad del príncipe será imposible que porte una corona. Han mandado traer a los científicos más doctos y eminentes del planeta para que den con la solución, poniendo a su servicio las más modernas computadoras y los aparatos de última generación para que resuelvan el enigma. La enfermedad del heredero es rara y la han mantenido en secreto para evitar ser vulnerables. Ninguna nación quisiera ser gobernada por un rey enfermo. Él es totalmente calvo y su cabeza no resiste más que el peso de su ligero peluquín. La corona más ligera es de aluminio bañada en oro y pesa mil ciento setenta y cinco gramos; un poco más de un kilo. Imposible que la resista. La última vez que se probó una, de las de las joyas de la corona, sólo por jugar, tenía doce años y más dilató en ponérsela que en que le saliera sangre del surco alrededor de la cabeza. Pequeñísimas gotas escarlata, casi imperceptibles, pusieron a temblar a toda la corte. Aquella fue la primera vez que estuvo internado en el hospital mientras los médicos, al cabo de varias semanas, lograron emitir un diagnóstico: una de esas enfermedades raras que sólo ataca al punto cero, cero, cero uno por ciento de la población. Uno de los científicos recordó cuando sus padres lo llevaron a Disney World y visitó La casa de los espantos. Sentado, en una especie de carrito sobre un riel, entró muerto de miedo. Desde un balcón, miraron desde lo alto la cena de los fantasmas. Durante el recorrido pasaron frente a una pared de espejos y vieron que un fantasma iba también sentado en el carrito. No lo veían ni lo podían tocar, sólo podían verlo reflejado en el espejo. Eso dio la pauta para el día de la coronación. La transmitirían desde un estudio de televisión en el que el rey llevaría una corona invisible que sólo se vería de oro proyectada a través de un espejo. Esa es la verdadera historia de la corona invisible que aquí se muestra.



# Sinfonía para sordos

Bárbara Méndez

Entraron la mamá y su hija al museo de arte de la ciudad en donde vivían, una ciudad colorida y con pocos habitantes. A solicitud del presidente municipal, habían logrado convencer a algunos expositores para que llevaran su obra al pequeño museo. Se trataba de artistas estudiantes que no eran famosos; los habían contactado tras el festival expuesto en San Miguel de Allende, en el que el secretario del presidente municipal había ido uno a uno para proponerles exponer en esa pequeñita entidad.

La niña se paseaba por las salas gozando cada cuadro expuesto, había también esculturas, ella parecía ser la anfitriona del lugar. De pronto, se detuvo frente a un cuadro lleno de colores que no tenían formas específicas, era una pintura abstracta que llamaba la atención precisamente por su colorido, pero sobre todo por las formas variadas que cada color representaba. La niña dijo:

—Este cuadro es especial, mamá, ¿lo puedes escuchar?

La mamá de inmediato la corrigió:

—Los cuadros no se escuchan, los cuadros se ven, se observan —y la niña muy segura de ella misma, respondió:

— ¿No escuchas?, este cuadro tiene sonidos.

La señora le dio una palmada en el hombro pensando: “tienes mucha imaginación” y siguió su paso por la sala. La niña no fue tras ella. Se quedó frente a ese cuadro, siguió viéndolo y comenzó a bailar, suave, despacio, como si siguiera una melodía. Se detenía, lo miraba y volvía a bailar. La gente del museo la veía con intriga y les causaba mucha ternura, sonreían. Unos interrumpían su paso y la miraban, como si fuera una más de las obras de arte, otros simplemente la rodeaban y seguían viendo la exposición.

La niña tenía un vestido naranja claro que, al girar, se expandía como si fuera un rehilete horizontal, lo que la hacía lucir hermosa en cada vuelta.

En el museo, por ser el día de la inauguración se encontraban los artistas expositores, platicaban con su público mientras bebían copas de vino y comían bocadillos elegantes. Eso era toda una fiesta, el presidente municipal sí que había logrado su cometido: dar a conocer su ciudad como una en la que, de ahora en adelante, los artistas podrían exponer y hacer de ese museo un lugar en el que pusieran la mira para dar a conocer su obra, con la idea de recibir a gente que disfruta del arte y que pretenda pasar un buen fin de semana, saboreando la rica comida tradicional.

Los artistas estaban felices. No sólo acudieron a la exposición los ciudadanos del lugar, sino que habían venido de otras partes, invitados especiales del presidente municipal y sus colaboradores. También había gente que visitaba el gran evento de las grandes ciudades. El código de vestimenta era de etiqueta, con la idea de hacer del evento elegante y muy especial.

La niña seguía bailando y en la sala del cuadro había un muchacho que la observaba con particular atención, sonreía, y su rostro mostraba una gran alegría, una felicidad que contagiaba. En su mano derecha tenía una copa de vino blanco y gozaba del espectáculo de la niña de vestido naranja.

La mamá al ver que ese muchacho no quitaba los ojos de encima de su hija fue junto a él y le comentó:

—¿Es tierna, verdad? — el muchacho volteó y con señas le indicó:

—Soy sordo —y de inmediato dejó su copa sobre el piso y sacó su celular en el que tenía su voz, con la que, por medio de una aplicación podía comunicarse con los demás; estaba diseñada a base de sensores que le indicaban con vibraciones, los sonidos de las palabras que le decían y lograban que él entendiera. La mamá sorprendida y apenada, no sabía cómo hacerle para mejor irse, pero el muchacho entre sus palabras que no siempre se entendían más su celular le preguntó:

—¿Es su hija?, es hermosa y tierna.

—Sí —dijo la mujer—, tiene 7 años y creo que va a ser artista, tiene una gran imaginación, se enamoró del cuadro y desde que lo vio, no ha dejado de bailar, dice que escucha su música, ya le dije que eso es imposible, pero al parecer gana su creatividad. ¿Usted cree que debo pedirle que deje de bailar? —El muchacho entre su voz y el celular le dijo:

—Su hija tiene un don, mire, venga —caminó hacia el cuadro y le pidió a la señora que leyera la reseña del mismo, al terminar de leerlo, ella se estremeció al grado que unas lágrimas rodaron por su rostro, no lo podía creer, volteó a ver al muchacho y le preguntó:

—¿Es usted el artista?

—Sí —dijo él—, soy Sebastián, soy quien pintó el cuadro —la señora lo abrazó y su hija por primera vez en mucho rato, paró su baile para preguntar:

—Mamá, ¿lo conoces? ¿Quién es? ¿Por qué lloras?

—Mi hijita, él es quien pintó este cuadro, y —pausó con voz emocionada— tenías razón, el cuadro es música, es una sinfonía.

La hija la volteó a ver y les dijo:

—Sí la escucho, es hermosa, pero, —dirigiendo su mirada hacia el muchacho preguntó:— ¿cómo le hiciste para meter la música al cuadro?

Él tomó su celular y le pidió a la mamá que leyera:

—Es una sinfonía.

La niña de inmediato preguntó:

—¿Y qué es eso?

La mamá siguió leyendo:

—Una sinfonía es un tipo de composición musical preparada, la mayoría de las veces para una orquesta —agregó:—. Mira, hijita, aquí está la reseña del cuadro —y leyó:— Soy Sebastián, soy artista e intento transmitir al mundo con mi arte lo que mis oídos no logran escuchar porque soy sordo. Hace tiempo pedí a mis amigos que fuéramos al Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México a un concierto sinfónico, ellos sin entender qué haría yo en un concierto siendo sordo, accedieron a llevarme. En un principio observé a los músicos, podía ver cómo cada uno ponía su pasión al tocar su instrumento, mis amigos en lugar de ver a la sinfónica, me veían asombrados porque parecía que yo estaba gozando de los sonidos que la sinfonía interpretaba, ellos no entendían y en realidad yo tampoco, estaba emocionado de estar ahí cuando de repente comencé a ver cómo el escenario se llenó de líneas y formas de colores, cada nota marcaba el grosor del trazo mientras que cada instrumento indicaba su color. Yo no lo podía creer, era eso un espectáculo impresionante, los colores y las formas se entrelazaban logrando que yo viera y sintiera lo que los demás escuchaban con la misma intensidad y emoción con la que el autor y los intérpretes ponían en acción la orquesta. No podía dejar de mirar, me sentía como si fuera el director. Pieza



tras pieza dibujaban en el aire esas figuras coloridas que guardo en mi memoria. Al terminar el concierto, me paré y aplaudí emocionado como todos los demás o más. Llegué a mi casa, tomé mis pinturas e hice esta obra que hoy expongo y que espero que, al apreciarla sus ojos, no sólo vean los trazos y colores, sino que escuchen: “La sinfonía para sordos”.



# El calcetín de Neil Armstrong

Francisco Duarte Cué

Sí, ese soy yo; uno de los calcetines del teniente junior Armstrong, o Neil como la confianza que nos tenemos me permite decirle a tan importante personaje. Soy, modestia más o menos separadita, de las pocas cosas que realmente subsisten, y, ¿saben? sé que se preguntan cómo fue eso de estar cerca de la superficie lunar y, a pesar de que los recuerdos estén o no borrosos por aquello de que ya pasó tanto, ahora me tienen que cuidar más. Así que me tienen inserto en una caja especial al alto vacío y enmarcado en una caja con nitrógeno grado reactivo. Mi hábitat era la sala de trofeos históricos del ilustre tripulante, hasta que Carol, su viuda, decidió donarme a este novedoso museo.

Y, ahí donde me ven, soy toda una obra de ingeniería biomédica moderna... les cuento... Neil tuvo un problema de displasia de cadera al nacer que le vinieron descubriendo muchos años más tarde en la clínica del Dr. Welby cuando esa ligera variación de posición de sus huesos ya había causado estragos en el resto de su cuerpo formado como adulto: tenía una pierna 3 mm más corta. Eso, normal entre nosotros, era grave para un futuro astronauta y la cirugía no representaba opción alguna: aquí entro yo (literalmente).

Cambiaron el posible tratamiento ortopédico (imposible de aplicar por la edad ósea) por alguna solución ingenieril y, con ayuda de la ingeniera López H. (pionera en esta rama) lograron tejermé, con hilos sintéticos de materiales aún clasificados en su formulación, a una altura de 6 mm, que se comprimirían al grosor requerido para igualar el tamaño de las piernas. Estas raras fibras al no sentir presión regresan a su grosor original y con ello mantienen al pie en contacto con el traje espacial en todo momento: una verdadera chulada tecnológica para los años 60 's.

Recuerdo que la primera prueba se hizo discretamente en un BBQ organizado por los papás de Neil y sus vecinos para que pasara inadvertido por la prensa que ya tenía presencia constante en la vida de los astronautas. Mientras Neil caminaba con un calcetín gordo por el pasto de la casa la ingeniera tomaba notas que, por cortesía, comentaba a nivel informal con un vecino de los Armstrong el Sr Gorzky, con quien terminaría teniendo una larga relación personal.

Así llegó julio del 69 y yo estaba pegado al pie del jefe de la cápsula espacial y forrado por el traje más costoso de la historia de la humanidad, y por increíble que parezca, este humilde calcetín era el responsable de que el primer paso en la luna no terminara en desastre para toda la humanidad que nos estaba sintonzando en sus televisores. El resultado es por todos ustedes conocido y, en algunos casos, visto en la transmisión directa, en vivo, que fue otro alarde técnico del que poco se habla.

De regreso en el planeta, recuerdo una larga temporada de pruebas laboratoriales antes de que me regresaran a mi uso original. Me cuentan que mi material de fabricación ahora es muy usado para los chalecos antibalas y para las cobijas de algunos enfermos por quemaduras graves. También he oído, que pronto habrán de mezclarme con vidrio común para lograr ventanales resistentes a la presión de los sótanos modernos.

Me alegra haber podido ser de tanta utilidad y, la verdad, también me quedo con el gusto de haberle servido a Neil en tan importante paso, uno que nos tiene marcados a todos hasta el momento. La gran duda que me queda y que no puedo averiguar por estar enclaustrado en este museo es la de ¿qué habrá pasado con la ingeniera y el Sr. Gorzky?



# El fuego del dragón

Magy Otaduy

Cuenta la historia, amigos míos, que hace muchos años el mundo fue sacudido por una terrible enfermedad. Una enfermedad que además de pérdida de vidas provocó una tremenda depresión entre aquellos hombres primitivos, quienes, para prevenir los contagios, decidieron que la población debía aislarse. En aquellos años de encierro, algunos optaron por aprovechar el tiempo con sus pasatiempos favoritos, otros en protestar con amargura y otros en lamentar la terrible soledad que el encierro les impuso.

Paúu Maó, una inquieta mujer, había dedicado su vida, desde que era pequeña, a coleccionar tesoros. Ávida de conocer el mundo, aprovechaba con plenitud la gran aventura que es la vida, y llena de energía, curiosidad y entusiasmo, escapaba del confinamiento impuesto haciendo fantásticas excursiones alrededor de los bosques circundantes. Así había descubierto tesoros tales como las barbas de Matusalén, la varita mágica de Merlín –o de Vainamoinen, no estaba segura–, los algoritmos de Al-Khwarizmi, o el avatar de Aristóteles, que celosamente guardaba junto con especímenes de escarabajos y plantas que no llamarían la atención de nadie.

Paúu Maó se reunía ocasionalmente, y cuando la suerte las acompañaba, con Anáa Valém, su joven compañera en los viajes fantásticos por aquel bosque. Ambas guardaban el secreto tanto de sus aventuras como de los tesoros descubiertos.

Llegó el día que para muchos significó el momento histórico que definiría los caminos, no sólo de aquellas dos intrépidas mujeres, sino de generaciones de coleccionistas por venir. Aquel día 22.02 del año 2022 sería motivo de tatuajes, peregrinaciones o temores de la población que gustaba de interpretar sus destinos mediante la numerología, astrología o por simple superstición. Lo cierto es que precisamente en aquel día tan lejano de nosotros ocurrió algo inesperado.

Paúu Maó, en una de sus excursiones rutinarias, observó algo que llamó su atención. Una fuerte luz emanaba de un rincón que parecía no muy lejano. Su habitual curiosidad la condujo en esa dirección. Al acercarse sintió un fuerte calor que comenzaba a agobiarla, pero ella no se amedrentaba con facilidad. Continuó su camino hasta ver una flama. Paúu Maó entró en pánico, no por el fuego o el calor incandescente, sino por el temor de que aquella llama consumiera el bosque, santuario y refugio de los incalculables tesoros que le faltaban por descubrir.

Los mismos instintos condujeron a Anáa Valém hacia donde se encontraba Paúu Maó y, mientras con gran preocupación ideaban juntas cómo extinguir aquel fuego amenazante, escucharon a lo lejos fuertes truenos reveladores. La promesa de lluvia era para ellas, la salvación del bosque.

Sin que la angustia les permitiera percibir cuánto tiempo transcurría entre el incendio inminente y la tormenta prometida, Paúu Maó y Anáa Valém al fin saborearon la fuerte lluvia, y al verse empapadas del todo, bailaron de felicidad dando gracias a la buena fortuna. Pero algo extraño ocurrió. Paúu Maó y Anáa Valém se quedaron atónitas al ver que, si bien el fuego no se extendía, a pesar del tremendo chubasco, la llama tampoco se extinguió. Una pequeña pero potente flama danzaba con alegría desde lo que parecía ser un colmillo, o quizá un cuerno de piedra blanca. En definitiva, aquello era el Fuego del Dragón.

Se imaginarán, mis queridos amigos, lo que sucedió. Paúu Maó y Anáa Valém se acercaron con cautela, pues debían rescatar aquella curiosa piedra y su fuego mágico para resguardarlos con los demás tesoros del bosque.

Pero, ¿a cuál de todos los dragones que nos narran las leyendas pertenecía este Fuego? Con seguridad no sería de Cuélebre, el dragón de las cavernas de Asturias, quien sólo hacía uso de su aliento mortífero y sus aullidos para alejar a sus enemigos. Tampoco parecía ser de Drac, el dragón catalán, que junto a otros dragones compartía la leyenda de haber matado a Saint Jordi en su misión por rescatar a la princesa. ¿Quizá sería de Jormungamder, el dragón nórdico que llegaría a su fin en una batalla contra Thor? ¿Provendría acaso de algún dragón chino augurando fortuna en Año Nuevo?

Paúu Maoó moriría de vejez más no de enfermedad o epidemia alguna, sospechando que el fuego del dragón pertenecía a Bergstutzen, criatura de patas cortas y cabeza de felino proveniente de la zona de los Alpes. Fue la pequeña Anáa Valém quien, muchos años después, por casualidad y sobre todo por su melomanía, descubriría algo inesperado. El Fuego del Dragón es, aún en nuestros días, capaz de recobrar su fuerza original, pero únicamente bajo la influencia de la música de un compositor cuyo nombre no debo revelar, pero que de seguro muchos conocen, por temor a los alcances de la potencia incandescente de la flama comprimida que despierta al compás de su música. Sólo les puedo asegurar, queridos amigos, que Anáa Valém, y algunos intrépidos coleccionistas que han resguardado los tesoros de Paúu Maó, han podido confirmar la potencia del Fuego del Dragón al ver cómo el cielo nocturno se enciende ante la poderosa flama, que cobra vida al ritmo de esa Sinfonía, la Resurrección, alterando los destinos de quienes ven y escuchan.

Esta Segunda Sinfonía que provoca las lágrimas hasta de los más insensibles, no es la que compuso el renombrado Beethoven ni la de Brahms ni la de Dvorak. Es aquella del célebre compositor que comparte orígenes con el dragón Lindwurm, quien debía conformarse con inundar pueblos enteros; pueblos que hubieran sufrido las calamidades de los incendios de no haber sido porque Lindwurm había perdido su Fuego. El mismo Fuego que Paúu Maó y Anáa Valém lograron preservar y que ha dormido por tanto tiempo al lado de los demás tesoros de aquel bosque.

Y así fue, amigos míos, cómo, en aquella época lejana, el Fuego de Lundwurm fue encontrado y resguardado por dos fantásticas mujeres que buscando la aventura en tiempos complejos, lograron reunir la pasión del fuego con la sabiduría, el caos, el orden, la magia, la eternidad y las demás cualidades y calamidades de los tesoros descubiertos, para conservar el Fuego del Dragón y su flama eterna que hoy vemos durmiente, y que algunos sabemos cómo despertar.



# Testamento de Hitler

Gabriel Sarmiento

En mi búsqueda de tesoros, he tenido que viajar por todo el mundo y he conocido infinidad de lugares.

Recuerdo cuando visité la Catedral de Sevilla y el guía nos explicó que en ella se guardaban los restos de Cristóbal Colón, principalmente su calavera. Uno de los turistas presentes comentó que la Catedral de Santo Domingo en nuestro continente, también alegaba albergar la calavera de Colón, y trató de explicar que no era posible que las dos existieran. El ignorante no podía entender que las calaveras correspondían a diversas edades del gran almirante. En ese momento no quise alegar con ese inculto que en mi casa guardaba dos calaveras más del descubridor de América, y que me habían costado muy caras.

Años después, un amigo mío, eminente médico, me explicó que no podía existir más de una calavera por persona. Así, me convenció de pronto de que fui defraudado al menos en dos ocasiones.

Por otra parte, no cabe duda que los golpes en la vida, para algunos afortunados, producen algunas experiencias positivas. Por ello ahora que iba a hablar sobre el tema del Testamento de Adolfo Hitler, recordé que hace algún tiempo encontré un ejemplar de ese testamento, pero otorgado algunos años antes de que iniciara la segunda guerra mundial. No pude resistir la tentación de darle una ojeada a dicho testamento, pero hablaba de cosas tan banales como la necesidad de que un país contara con un espacio vital, llevando el populismo a grados extremos, procurando siempre dividir a la población en arios y no arios, en blancos y no blancos, y en fífis y chairros; liquidando a todos aquellos que pensarán diferente a él. Esas ideas tan descabelladas, así como la posibilidad de que algún museo o institución declarara tener otro testamento de Adolfo Hitler, hicieron que no adquiriera el ejemplar que me ofrecían en barata, toda vez que si sólo puede existir una calavera de Cristóbal Colón, seguramente sólo puede existir un Testamento de Adolfo Hitler. Uno no debe tropezar dos veces con la misma piedra.

Algún incauto trató de explicarme que sí podían existir dos testamentos de una sola persona, pero con la experiencia pasada, no lo quise escuchar. No cabe duda que cada día que pasa me voy volviendo más sabio y sensato.



# Goliat

Alejandro Magallanes

La honda de David  
era una pena:  
una pena muy honda.

Bullyng a David:  
“David cachonda”  
era mala onda:  
otros  
tiempos  
biblicos.

Respira hondo,  
y tira la piedra  
redonda  
al que repita  
orondo  
las mañanitas  
que cantaba  
el Rey David.



# El recorrido

María Elena Sarmiento

Soy una entusiasta de la vida. Por eso, entro como niña en los museos. Quiero verlo todo, experimentarlo, sentirlo, enterarme de por qué es así, quién lo hizo. Si por mí fuera, llevaría las manos por delante, dispuestas a tocar cada detalle que llame mi atención, pero soy dócil y obediente. ¿Qué le vamos a hacer? Tengo un manual de Carreño enorme incrustado en la médula que me obliga a comportarme de acuerdo a las normas.

Conociéndome, me da miedo parecer una tentalona. Creo que los guardias que están ahí me vigilan a cada momento, así que para demostrarles lo civilizada que soy, hago lo que me enseñaron desde chica: llevo los brazos cruzados o, cuando menos, una mano sosteniendo a la otra. Sé que es una tontería, pero no puedo evitarlo. Así me llevaban mis maestras de primaria y así sigo recorriendo los pasillos cuando estoy rodeada de arte.

Entro al Museo de las maravillas y me llama la atención una especie de escotilla que tiene el pretencioso letrero de: “El túnel que te lleva al final de la luz”. “Adéntrese bajo su propio riesgo”. Aquí hay algo que sí puedo mover. Con gusto abro la puerta y doy el primer paso adentro.

El efecto es inmediato. El mundo parece dejar de existir y revivo cada uno de mis recuerdos en su justa medida. Como siempre, me juzgo a mí misma. Tal vez no debería haber hecho ese berrinche. ¿Cómo me podía gustar ese niño con el copete del pájaro loco? Qué feliz era cuando bailaba. ¿Por qué no le dediqué más tiempo a hacer eso que me encantaba?

Mientras mi mente racional me aseguraba que mi cuerpo de gordita no me hubiera dejado sobresalir jamás en el baile, mi imaginación se desbordó de imágenes de la gorda deslizándose feliz en una pista. A ésa no le importaba lo que pensarán los demás. Daba vueltas, brincaba, movía la cadera y los hombros conforme a la música y su estado de ánimo y el universo resplandecía. Eso no era un recuerdo real, era la imagen que había soñado hasta el cansancio y pocas veces me había concedido el lujo de creer que pudiera suceder en verdad.

Me entregué a la cadencia y, entre movimientos rítmicos, recordé cómo elegí al hombre con el que me casé. Me daba mucho miedo quedarme soltera. A los 25, yo sentía que era mi única opción. Me llegaron muchos recuerdos de él. Algunos agradables y otros espeluznantes. ¿Por qué tardé tanto en divorciarme? Se necesita mucha valentía para reconocer que uno se equivocó. Yo en ese momento pensé que había cometido un error en la elección de pareja, pero hoy sé que mi prisa por encontrar a la primera persona dispuesta a darme el sí, no me dejó más opciones. De cualquier manera, jamás me pregunté si en verdad quería pasar el resto de la vida junto a un hombre o prefería estar sola. La soledad era uno de los mayores miedos.

De pronto me caí bien. El túnel me mostró un espejo favorecedor y me dije: yo conmigo, ¿quién contra mí? Y supe que la vida me ha puesto personas maravillosas cerca y agradezco su presencia, han sido una gran ayuda, pero al final, he sido feliz acompañada y también lo hubiera sido sin nadie. Después de todo, el camino se recorre con los propios pies. Di el siguiente paso y me sentí insegura. Es más fácil pensarlo que hacerlo. ¿Soy capaz de recorrer el túnel sola?

Caminé de nuevo y me acordé que tuve los hijos más maravillosos del mundo.



Me invadieron sus recuerdos. Cada uno de sus logros lo sentí propio, y fui exigente en salir de los pocos fracasos que tuvimos. Qué maravilloso fue haberlos disfrutado. La sensación de plenitud que gocé en ese momento, no la puedo describir con nada.

Sin embargo, al siguiente paso me pregunté qué hubiera sido de mí si no hubiera sido madre. ¿Una vida sin hijos? Jamás lo pensé. Eso sería una pesadilla. No puedo comprender mi mundo sin ellos.

Como alternativa, el túnel me presentó otros recuerdos: sin hijos, se me quitaron muchos miedos. Fui una bailarina profesional, una escritora consagrada, una trotamundos feliz que iba conociendo a la gente y sus costumbres. Parrandé más, seguí menos las normas y quizá hasta me volví más delgada y me tatué una rosa en la pierna izquierda. También así pude haber sido feliz. Tal vez estaría rodeada de personas como yo, aventureros sin compromisos que asamos bombones en las fogatas de luna llena. Vivir sin brasier puede ser una bendición si te deja de importar lo que digan los demás.

Cada vez me sentía más libre. La cálida luz me invitaba a dar el siguiente paso y en eso, me entró la educación de siempre.

¿Cuántas repercusiones tendría el que yo hubiera tomado otras opciones? Lo que en su momento decidí, ya forma parte de quién soy. No lo puedo evitar. No lo quiero evitar. Me gusta la mujer en la que me he convertido a final de cuentas.

No sé a dónde me lleve este túnel, pero creo que prefiero no averiguarlo. Me basta con saber que he sido feliz en esta vida y que también pude haber quedado satisfecha con otras elecciones. Hoy necesito ser el resultado de todo lo que he vivido para elegir adónde quiero llegar.

Me doy la vuelta y me regreso a la entrada del túnel. Voy como niña, con los brazos por delante, una gran sonrisa y casi corriendo. Tengo que ponerme a pensar qué es lo que voy a decidir hoy. Necesito hacer más recuerdos verdaderos de los que me gustan. La vida no se acaba hasta que se acaba.



# No soy una simple lagartija

Juan Antonio Díaz Becerra

No quiero herir susceptibilidades, pero ya estoy harto de que me denigres y me consideres poca cosa. Son muchas las semejanzas que hay entre los hombres y yo, ambos tenemos párpados que nos protegen los ojos, poseemos orificios auditivos que nos permiten oír, nuestra lengua sobresale por sus cualidades sensoriales y tenemos velocidad y agudeza que permiten detectar a las presas por lo que nos consideran grandes cazadores.

Soy un eslabón esencial en la cadena trófica ya que mi presencia es beneficiosa para todos pues puedo acabar, por ejemplo, con algunas plagas o insectos no deseables en los cultivos y con ello estabilizar el ecosistema. En las zonas urbanas puedo evitar la proliferación de mosquitos, moscas y arañas, entre otros.

Ni pienses que me ganas en poder de comunicación, pues yo poseo un sistema de señales químicas y visuales que me sirven como un lenguaje propio. Además, mediante un “cabeceo”, es decir, movimientos verticales de la cabeza, que a veces acompaño de flexiones de las patas delanteras, puedo proporcionar información sobre la edad, el sexo y el contexto social con los demás miembros de mi especie.

No me voy a detener en nombrar diferencias superfluas, no importa que en estado adulto llegue a medir de 10 a 15 centímetros sin contar la cola y que eso sea considerado nada en comparación a la altura de los humanos que en promedio podemos decir que llega a los 1.65 metros.

La gran divergencia que quiero resaltar es que el ser humano actúa con grandes ínfulas, cosa que yo no hago. A muchos les importa su árbol genealógico para presumirlo ante los demás, como sí un González de la Colina proveniente de Madrid o Barcelona fuera más relevante que un López, de un pueblo casi desconocido como Setenil de las Bodegas.

Lo bueno es que fue un humano el que encontró en mi linaje un gran valor y por eso sin gran esfuerzo estoy en esta enorme vitrina, colocada en un lugar privilegiado del Museo de las maravillas. Tengo al alcance todo lo que puedo desear, una temperatura agradable, comida deliciosa que necesitaría siete vidas para poderla acabar, una luz cálida para mi termorregulación, agua suficiente, sin amenazas por lo que no es necesario que me desprenda de mi cola para distraer al depredador.

¿Cómo me gané la lotería? Por ser un descendiente directo de Godzilla. No es que yo lo haya gritado a los cuatro vientos. Por lo que entiendo, no sé cómo, es algo que descubrió un científico. Por lo menos, creo, que es lo que leen los que se acercan a mi escaparate.

Así es que me encuentro aquí por mi tática, tática, y no sé cuantos más tártaras abuelo. Mi antepasado nació del miedo ancestral de un pueblo a los efectos que suponían las bombas atómicas. Demostró que si lo atacas, si intentas destruirlo, responde con mayor retaliación y acaba con todo lo que se presente en su camino y ni el mejor armamento y ataque pudo con él.

En realidad, yo sé otra historia: mi gigantesco ancestro nuclear no atacaba a los seres humanos ni a sus grandes ciudades por deseo de venganza, ya que en realidad los consideraba insignificantes. A él sólo lo movía un objetivo más importante, el que alguien retara su posición como el Rey de los Monstruos.

Sí, esta razón es lo verdadero, ni a ti ni a mí nos gusta que alguien pueda tener la posibilidad de ser más que nosotros, sólo que tú lo pregonas con bombo y platillo y yo con mi tamaño insignificante te recuerdo que nunca podrás deshacerte de tus miedos.



# El flautista

Mario de la Piedra Walter

Escuchó sobre el lugar dentro de los baños del Berghein. Florian miraba el hondo de sus pupilas extenderse como gotas de aceite frente al espejo, sentía el corazón tirarle piedras contra el pecho y las manos reverberar con el sacudir de las bocinas. Le gustaba ese momento, exactamente treinta minutos después de la pastilla, cuando la realidad se hacía un tejido que iba perdiendo uno a uno sus hilos. Justo antes del *kick*, esos segundos de claridad previos a la saturación de los sentidos. Para Florian, ese instante de unicidad lo representaba todo. Como la escultura de Rodin sobre Dante ante las puertas del infierno; era la reflexión antes del salto hacia el único sitio dónde el baile se volvía lenguaje y la música —a través del cuerpo— al fin se materializaba.

Habiendo nacido en Berlín, esa música no podía ser otra que el *Techno*, importada a Alemania poco después de la caída del muro y que servía de himno para esa ciudad en decadencia postindustrial. A pocos meses del final del siglo, Berlín estaba cambiando, era cierto, pero Florian sentía aún por dentro los grises engranajes de las utopías inconclusas. Un vagar entre sistemas cuyo punto en común era no haber cambiado nada. Durante su niñez al este del muro, le habían prometido que con la apertura vendría la libertad. La libertad llegó, pero sólo para los que tenían el capital para disfrutarla. Para los demás, el futuro era un eco más de la ciudad: metálico y vacío. Una carcasa de grandes porvenires que por dentro guardaba polvo. Pero Florian no estaba adentro, sino debajo. En ese Berlín subterráneo donde ejércitos de jóvenes se refugiaban del hastío. Ya fuera en las fábricas abandonadas o en los búnkeres sin memoria, la verdadera oposición se efectuaba bailando. Era el sudor y no las lágrimas el último acto de resistencia. Sin embargo, comenzaba a pensar que todos esos escenarios eran tan solo paliativos, igual de falsos que los grandes rascacielos del exterior.

De pronto, fue interrumpido por una voz que se sobreponía al estruendo de la música. ¿Quieres conocer al fin ese lugar?, escuchó como si viniera dentro de su cabeza. Miró alrededor y sólo vio grafitis en las paredes. ¿En verdad quieres encontrarlo? En el espejo observó a alguien posado junto a su reflejo. Un sujeto extraño, de traje multicolores y sombrero de punta. Entre el centelleo intermitente de las lámparas de neón era difícil reconocerlo, pero todo en él parecía anticuado. Ve mañana a las colinas del Koppen, es último fin de semana de junio, alcanzó a escuchar antes de que la oscuridad se hiciera absoluta. Al regresar la fluorescencia, Florian se encontró otra vez sólo frente al espejo. Se enjuagó la cara y, en vez de dirigirse hacia la pista, se guió a través de la luz estrambótica hasta la salida.

A la mañana siguiente tomó un tren hacia el parque natural de Schweineberg. Fue hasta encontrarse parado en medio del bosque que se preguntó por qué siguió a ciegas esa indicación. Por qué mierdas había prestado atención a uno de los tantos fenómenos que abundan en Berlín, suponiendo que fuese real y no la voz de su mente disociada por las pastillas. Él conocía los festivales ilegales que se organizaban en los bosques y montañas, siempre cerca de urbes como Dresden o Dortmund; pero no ahí, dónde el único rastro de civilización era el insignificante pueblo de Hamelin. Un pueblo que acaso despertaba en él un recuerdo nubloso de la niñez, pero no podía nombrarlo.

Esperó hasta que la noche se hizo tela sobre el cielo. En el momento que las estrellas comenzaban a tambalearse escuchó de entre los árboles una melodía *in crescendo*.

Un sonido húmedo y aerófono que recalca canciones juglares y lo invitaba a adentrarse en el bosque. Conforme se iba acercando surgían timbres electrónicos, un *beat* que hacía vibrar la tierra. Caminaba casi hipnotizado a través de la hojarasca, serpenteando troncos y ramas hasta que llegó a un claro en la falda de la montaña. Iluminado por una luna, que parecía una bola de espejos, vio la entrada de una cueva. Se percató que en suelo había un camino de huellas diminutas que se dirigían hacia ella, miles de impresiones que parecían haber sido hechas por roedores. Divisó en el lodo una muñeca de trapo y unos metros más adelante un caballito de palo. Recordó de golpe por qué el nombre de aquella ciudad le tropezaba en la lengua. Antes de la llegada de las películas animadas, se reclinaba sobre el regazo de su abuela para que le leyera cuentos. Leyendas escalofriantes compiladas hace siglos por dos hermanos. El sonido de una flauta emanando desde el interior de la cueva le hizo entonces mover los pies. La música necesita del cuerpo para materializarse, se dijo al adentrarse, sin saber si eran risas o llantos las voces de los niños al cambiar la melodía.

*Bremen 2022*



# Michael Jackson como jinete del apocalipsis

Dave Brennan

Debajo de la piel, bien dicen, es donde ocurre la magia, donde reside el alma, donde nacen los sueños. La piel es la barrera primordial, el fino y delicado velo que nos separa del entorno, y aún así podemos llevar a alguien más aquí, adentro, abajo. Amar a alguien se lleva bajo la piel. Reflexionar sobre la felicidad y nuestra razón de existir también. Por eso me extrañó que al llegar al nivel tecnológico en el que la piel se pudo sintetizar en un laboratorio, no hubo precaución y medida con el uso. La idea era buena, al principio, como todas las cosas que al principio nacen para el bien común como la invención del automóvil o la fusión nuclear, pero el acostumbramiento y el uso de las invenciones tecnológicas sin mayor conciencia resulta invariablemente, una y otra vez, en nuestra condena.

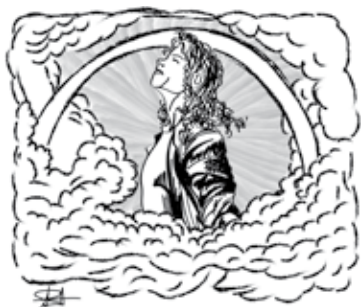
En el comienzo de su descubrimiento, este telar de piel humana sintéticamente natural sirvió como cobijo para los más necesitados: víctimas de quemaduras de tercer grado y cáncer de piel. De aquí se extendió a aplicarse en enfermedades como vitiligo o albinismo, destrozando cualquier sentido de identidad que las personas con vitiligo hubieran formado. Se empezaron a corregir hasta los menores defectos, que si el lunar, que si las pecas, que si la mancha de nacimiento que tiene forma de Rusia. Por último, el telar de piel humana ofrecía una alternativa al racismo, una forma de por fin ponerse no sólo figurativamente, sino literalmente en la piel del otro, y ahí es cuando el inconsciente colectivo por fin entendió lo que había tratado de esquivar a toda costa: que en lo más profundo de nuestro ser, los humanos somos superficiales.

Se pudo convertir a una persona negra en blanca, pero a los ojos de la blanca, negra iba a permanecer por sus facciones y su manera de hablar. Viceversa. Nada de esto fue nuevo para el héroe de nuestra historia, un activista y modelo negro albino llamado Shaun Ross. En él estaba encarnada la contradicción, había vivido con ella toda su vida y era parte de su identidad: era de tez blanca, pero de ascendencia, genética y mentalidad negra. Él estaba feliz de ser como era, utilizando su enfermedad como ventaja primordial para papeles puntuales, no como sus muchos correspondientes que cedieron al trasplante de piel, que optaron por la aguja, que dejaron lo que los caracterizaba desde el nacimiento para ser más del montón, más del mercado sobresaturado de modelos con piel "sana".

Ross se convirtió en un ícono para los pocos que teníamos el privilegio de estar cómodos en nuestra piel. Desesperado, algo tenía que hacer para frenar esta rueda de nieve humana que acumulaba víctimas con el paso del tiempo porque ahora los Millennials y Centennials hambrientos de cambios de look para sus redes sociales cambiaron tanto de piel que la teoría de que hay reptilianos disfrazados de humanos llegó a cobrar sentido. Al final si estaban poniéndole capas y capas a su interior, estaban persiguiendo sus instintos: los likes que se traducen en la supervivencia del estatus social y el instinto de supervivencia nace en nuestro cerebro reptiliano. La apariencia original del 80% de la población se había perdido y a la gente se le empezó a olvidar el color y la textura de su piel de nacimiento.

Con el apoyo del otro 20%, Ross se infiltró en el laboratorio responsable de la síntesis de piel humana y cambió la fórmula original: ahora el color de la piel reflejaría

la profundidad del interior de la persona. Todas las personas que se sometieron a este tratamiento por estética y no por necesidad alcanzaron niveles de albinismo transparentes y murieron calcinadas con la luz del día y es que al 100% de la población se nos había olvidado el significado original de apocalipsis: revelación, que es lo mismo que remover el velo.



# La máscara del Tigre

Ángeles Montes de Oca

Esta creación artesanal –diría la audio-guía del museo en el botón 47– destaca por los fieros dienteillos en talla de marfil auténtico. Su manufactura en doble cuero sin curtir con incrustaciones de pelos de jabalí y decoración en tintas biológicamente naturales, difíciles de determinar, representa un tigrillo o *te tecuani*, más conocido como *tecuane*. Se cree que era utilizada como máscara ritual para las ceremonias de culto a la fertilidad acaecidas por los primeros días del mes de mayo de acuerdo al antiguo calendario juliano.

Este ejemplar, único en su tipo, fue hallado en la remota región de la Tierra Caliente de la Costa Chica de Guerrero en un país llamado México, ubicado al este meridional de la Tierra. Según los registros con base en las pruebas de Carbono 14, está datado en el año 2005 de la Era Terrena (ET).

La narrativa de la época dejó constancia en artefactos llamados libros, periódicos e impresiones analógicas y digitales que pudieron ser recopiladas en las últimas misiones exploratorias al planeta incandescente por los Roberts de alta gama que pueden aterrizar en superficies con altas temperaturas. Los científicos aún trabajan en la reconstrucción y decodificación de dichos hallazgos. La máscara del Tigre sigue siendo un enigma para nuestros arqueólogos y antropólogos. Los *te-tecuani* o Tecuanes –nombre proveniente de alguna lengua autóctona de dicho extraño país que poseía multitud de lenguas y culturas– eran los mediadores entre las fuerzas divinas y los suelos de labranza (antigua actividad para obtener alimentos). Al parecer celebraban danzas y festejos místicos. Los “tigrillos” peleaban con esas máscaras para invocar los favores del dios del trueno para que llegaran las lluvias y obtuvieran buenas cosechas.

La forma felina de la pieza refiere a un mamífero extinto, que gracias a la criogenia ustedes podrán apreciar en la sala 72 de este museo. Como saben no tenemos ningún mamífero, a excepción de nosotros, debido a la escasez de espacio que tenemos en nuestra aldea. Pero en el laboratorio de Nanogenética posee un resguardo abundante de ADN de todos los mamíferos que han existido para cuando su clonación sea propicia”. La voz electrizada de la audio-guía cesó en ese punto. Los niños tomaban notas en sus implantes cocleares auditivos e impresiones oculares de la pieza para hacer el reporte de la visita más tarde. La máscara del tecuane descansaba en un pedestal muy bien iluminada y los hologramas explicativos ilustraban perfectamente la ficha técnica que acababan de escuchar al oprimir el botón número 47. Reproducían arcaicas imágenes de los danzantes a los que hacía referencia la ficha museográfica.

La excursión escolar al museo les sirve para remontarse a los orígenes de la humanidad en la estación espacial. Las ilustraciones de ese país les resultaban a los infantes verdaderamente ajenas. Proyectaban personas de tez morena, baja estatura y coloridos disfraces simulando tigrillos peleoneros y juguetones. Todos con sus máscaras de grandes fauces dentadas, caminando y brincoteando por anchas calles al aire libre, llenas de una magnífica luz. Los escolares no encontraban relación alguna con los orígenes de la humanidad.

En otras salas había objetos como el martillo de Thor que les eran mucho más familiares. Todos ellos altos, rubios, de tez blanca y ojos extremadamente claros que dejaban notar el chip del lente intraocular como una pequeña mancha oscura. Por supuesto

no entendieron qué tenía que ver esa extraña gente disfrazada con máscaras de tigres. No faltó el que no se queda con la duda y preguntó a la maestra encargada del grupo:

—Pero, miss ¿qué tienen que ver esas raras criaturas con el origen de la humanidad? ¿a poco son de nuestra misma rama taxonómica?

La maestra encontró dificultad en explicarles la conexión y su mejor intento fue que “cuando el planeta Madre, llamado Tierra entró en un caos de contaminación, sobrepoblación y guerras nucleares

—Recuerden que sólo algunas familias inmensamente ricas pudieron huir en naves espaciales para traer a nuestros antepasados a la estaciones espaciales en tanto logremos hacer de Marte un planeta habitable.

—Tengo entendido —continuó— que sólo una familia de ese raro país pudo costear el viaje y subir a bordo. Únicamente fue aceptada en la base China, que sí recibía de cualquier etnia de las tres bases que estamos flotando. Recuerden que la nuestra no recibió más que miembros de países altamente industrializados occidentales, caucásicos y bajo un estricto control de eugenesia.

“Pese a los 4 mil años terrestres que llevamos esperando poder poblar Marte, en cuanto se logre seremos los primeros en descender y ocupar los mejores predios que ya han sido conquistados virtualmente. Los tratados interestatales nos confieren el derecho de ser los primeros en hacerlo. Aunque quizá seamos los únicos, si nuestra poderosa armada logra aniquilar a la estación espacial China y a la Rusa”.

Entre tanto, unos diminutos polvos de estrellas cruzaban ese cosmos. Por la escotilla de ojo de pescado se veía su breve luminiscencia. Y los niños ya ni se entusiasmaban con esos espectáculos estelares que eran los solitarios atisbos de una naturaleza muy distante. Esta vez sólo les intrigaba la máscara del tigre.





# Por una lata de sardinas

Carmen Padín de Lima

Soy poeta. Muchos piensan que no es un trabajo de verdad, tan solo un pasatiempo ocasional, que es de excéntricos, locos, incomprendidos sociales o cursis sin remedio. Unos cuantos nos dicen artistas, menos aún consideran a la poesía como El ARTE, así, con artículo y mayúsculas.

Algunos tienen una parte de la verdad. Pocos saben que es una labor extenuante. Que escribir es una tarea en solitario. Que sale de tus fibras más vulnerables, de tus partículas elementales, de las sinapsis chispeantes, que te deja noches sin dormir y ojeras profundas, que requiere de las matemáticas y de la música, de la física -debes calcular el peso y el efecto de cada verso- y de la geología para escarbar en cada palabra el significado exacto que estás buscando y se ajuste a la métrica, al ritmo que te hayas impuesto, a lo que la musas abandonaron en tu oído, en el corazón o en las entrañas, en la piel acariciada con dulzura o arañada por dragonas, a veces en las cicatrices o en tus heridas sin cerrar. En fin, no es de esto de lo que quiero hablarte, sino de cómo la conocí.

Sé que es un cliché, pero en efecto yo era uno de esos poetas muertos de hambre, de los que viven en una bohardilla, con un colchón viejo marcado por orín, cerveza, y por otros fluidos más espesos; una mesa decorada con quemaduras de cigarrillos, cera de velas inapagadas, grasa de comida rápida y tinto sin etiqueta. Dos sillas y dos platos que no hacían juego, la miseria se puede compartir. Un poco más o un poco menos, da igual.

De vez en cuando aparecía en mi menú de poeta pobre una lata de sardinas. Me gusta quitarles la cadena de minúsculas vértebras, no soporto masticar esos huesecillos arenosos. Así que las como despacio, alternándolas con un pedazo de pan. Unto el migajón después en los restos de aceite de la lata hasta que queda nueva, reluciente, sin rastro.

Era domingo al mediodía. El rayo de sol que iluminaba la mesa me permitía limpiar las sardinas con precisión quirúrgica. En menos de lo que hubiese deseado quedaron sólo dos. Pensé en guardarlas para la cena, pero el estómago, que en general se queja con razón, me pedía más. Tomé la penúltima. Enseguida la noté algo tiesa, la puse en el centro del plato y la observé detenidamente. No podía creerlo, no era una sardina, bueno, una parte sí, pero tenía brazos, cabeza coronada con rizos azules, la carita mostraba los ojos cerrados y algo parecido a dos branquias en el cuello, en su diminuto cuello. ¡Uff, la contaminación por plásticos en el mar servidos en tu mesa! —maldije. ¿O era acaso una sirena momificada? Uno de aquellos mitos que se empeñaron en abusar de Ulises, y lo lograron con un sinfín de marineros hartos de sal y de sol, también con poetas muertos de hambre y ebrios de luna. Me pareció ver sus branquias abrir y cerrarse de nuevo.

El exceso de vino, el porro de anoche y la falta de sueño es lo que me hace alucinar, pensé en aquel momento. Las sirenas no existen, y menos en aceite y dentro de una lata. Lavé la taza con restos de café del desayuno, la llené de agua tibia y metí a mi sardina en ella.

Salí a dar un paseo; trotar y el fresco despejarían mi mente emborronada. Deambulé a lo largo de la avenida durante un buen rato. Los castaños ya mostraban los

retoños verde/ tierno de la primavera. Subí la cremallera de la chaqueta, aún hacía frío, pero el aire olía a nuevo.

Trepé ligero hasta la bohardilla y, al abrir, me golpeó el tufo a pescado, tabaco, basura y vino rancio. La habitación estaba hecha un desastre. Hacía días que no la limpiaba. El paseo me había dejado de buen talante, así que puse manos a la obra. Tardé en ordenar las cosas, fregar el piso y colocar los desechos en más de una bolsa. Guardé la lata de sardinas vacía por sí decidía poner una queja. Merecía un café. Centré la cafetera en la hornilla y busqué la taza, mi única taza. Ahí dentro estaba ella. ¡Era tan bonita! Vacíe los lápices y marcadores del tarro grande de aceitunas que, junto con una maceta y su raquítica planta, adornaban unas tablas a modo de anaqueles con mis libros. Renové el agua que ahora mostraba huellas de aceite y miré a mi sirena a través del cristal con la luz de la ventana, mi única ventana. El café estaba listo, sonreí al aspirar su aroma y coloqué el frasco sobre la mesa. Una mesa para dos —le murmuré.

A partir de ese momento dejé de sentirme solo. Ella me hacía compañía a la hora de comer, de escribir, o de planchar mi camisa, mi única camisa. Yo cambiaba el agua de su improvisada pecera cada mañana, le recitaba poemas y escuchábamos, una y otra vez, mi no tan larga lista de música.

Por las mañanas, me tomaba un café a su lado, me ponía la camisa y acudía, una hora o menos, al diario local para escribir los obituarios; de vez en cuando me publicaban un poema o ayudaba a corregir algún escrito lo cual mejoraba mi raquítico sueldo.

Pronto noté que el frasco le quedaba pequeño. ¿Estaba creciendo? La alimentaba con trocitos de pan y, en ocasiones, me robaba un langostino en el supermercado. Parecían gustarle. Yo le mostraba imágenes del fondo del mar en la pantalla de la computadora.

Ella las miraba con especial atención, o debería decir, con profunda nostalgia. Una noche, desperté con la certeza de devolverla al mar. Busqué la lata, leí la etiqueta: Producto español, sardinas del Cantábrico. Peso neto 180 gramos.

Por la mañana, metí algo de ropa en la mochila, cambié el agua del frasco, le puse la tapa y até las agujetas de mis tenis. Vámonos al mar, al norte — le dije. Tardamos dos días en llegar, fuimos de autostop. Nos sentamos sobre la arena, el mar espejeaba con la luz del atardecer. Hablando, nos sorprendió la noche. La luz intermitente de la luna batallaba por salir de entre los densos nubarrones e iluminaba, por momentos, las suaves crestas de la marea. Doblé los pantalones hasta las rodillas. El agua estaba fría, helada. Abrí el frasco de aceitunas, pude sentir el latido acelerado de su minúsculo corazón y cuando el encaje de las olas mojó mis pies, la solté. Empezó a llover y yo a tiritar. La oscuridad era total. A grandes zancadas y empapado llegué al pueblo. Buscar un hostal no fue difícil; dormir, inasequible.

Me quedé en el cuarto hasta que venció la hora de salida. Recorrí la playa antes de partir. No había ni rastro de ella. En la gasolinera un camión de carga accedió llevarme. Fingí dormir la mayor parte del camino.

Durante semanas gotas de soledad se filtraron por las ranuras de las paredes, por las viejas duelas del piso, por las oxidadas tuberías inundando mi buhardilla hasta ahogarme. Debía volver.

Mentí a los del diario que una afección en los pulmones me impedía trabajar, que el médico recomendaba baños de mar. No sé si me creyeron. Los galenos ya no prescriben baños de mar, pero ¿qué otra cosa podrían recetar a un poeta?

Esta vez tomé el autobús, en cuanto llegué solicité trabajo en los barcos

pesqueros, alquilé una habitación en la pensión cercana al puerto y conecté mi computadora a la corriente eléctrica.

Durante tres meses la busqué en cada red rebosante de sardinas, en cada contenedor, en cada caja, en las playas al amanecer cuando la marea se retira y esparce tesoros en la arena.

Con el verano llegaron las multitudes. Las calles y la costa se atiborraron de turistas, de familias enteras, de chavales con cervezas y lentes para sol, de sombrillas y sillas plegables, gritos de niños, del ritmo siempre/íguale del reguetón y, por las noches, botellones y fogatas No vendrá ella con tanta gente, no volverá hasta que regrese la calma —suspíre con impotencia.

Compré el billete para el autobús de las 18:30. No había nadie a mi lado, me alegré; coloqué mi mochila en el asiento vacío, pesaba un montón; la había llenado de latas de sardinas. Miré por la ventanilla hacia la playa, los niños corrían hacia el mar y retrocedían al llegar la ola, me recordaron a esos pajarillos que hacen lo mismo buscando cangrejos en la arena. Sonreí y cerré los ojos.

El autobús giró para tomar la vía rápida. Él reclinó la cabeza sobre el cristal del autobús. ¡Mamá, abuela, miren lo que encontré en el mar! ¡Una sirena, es de verdad, está viva, tiene el pelo azul!

Venga ya, niña. Tú siempre con tus cuentos. ¿Cuándo dejarás de imaginarte cosas, Rocío? —gruñó la abuela mientras abría un tupper repleto de empanadas de sardinas.

# El baúl inquieto

— Virginia Meade —

Llegué a la casa de la señora Tony para unirme a su grupo de tejido. Cada vez es más raro que las personas se reúnan a tejer un trabajo misterioso entre una hebra de estambre y dos agujas pueden crear una prenda que te apapacha o tan alocado como un cuadro surrealista. Tony me recibe muy atenta y me lleva al salón. Ella ha logrado que el lugar parezca un círculo provocando cercanía entre sus invitados. En un muro ha colocado algunos de los objetos que ella aprecia más, el que siempre jala mi mirada es un baúl de madera con herrajes de metal negro porque parece que no está siempre en el mismo lugar.

Las otras tejedoras van llegando con sus bolsas o cestas rebosantes de estambre, agujas, algunas de metal, otras de madera, la sección de cuerdas sería el mismo estambre y las primorosas tijeras en forma de aves. Cuando empieza el *chit chat* y el chasquido de agujas parece un ensamble de música hasta que nuestra anfitriona dice: ¿quién quiere un café turco y galletas? Hacemos a un lado el trabajo para ir al comedor.

Un humeante café turco que ella va distribuyendo en las pequeñas tazas, sobre la mesa un pequeño festín de galletas de almendra o dedos de novia y saladitas. La interrupción es breve, regresamos a la sala.

Mi proyecto es un sweater color mandarina, elegí un proyecto de punto irlandés; creo que en un mes lo terminaré. Otra tarde llegué temprano y Tony me pidió que la esperara en la salita porque tenía que hacer una llamada. Con curiosidad mal escondida me dediqué a observar los objetos del muro, busqué el baúl, por supuesto no estaba en el mismo lugar de la última vez que lo vi. Ahí casi frente a mí la tapa estaba entreabierta, una mascada se asomaba. Ella me sorprendió y abrió el baúl, bajo la seda había fotografías y sobre ella un prendedor de plata se distinguía, era un diseño *art decó*, una mujer joven vestida a la moda de los años veinte caminaba acompañada de un estilizado galgo, también había un frasco de perfume caro que gritaba te amo. Contuve mi curiosidad por ver las fotografías ¿serían de algún amante? Sólo atiné a decir

—Es una hermosa pieza de *Art Decó*.

Tony cerró el baúl con orgullo.

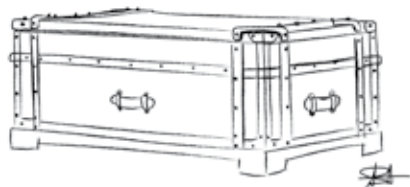
Una semana después, sólo debía rematar el suéter. Cuando llegué ya estaba todo el grupo listo para empezar. Al terminar, me pidieron que me pusiera la prenda y aplaudieron con entusiasmo.

—¡Muy bien chica!

—¡Foto, foto de grupo!

Mientras todas están enlistándose para retirarse, Tony se acerca a mí y me entrega un paquete.

—Ten, todas las mujeres queremos ser misteriosas, en especial, con alguien que nos importa. Y, qué mejor, que guardar en un baúl inquieto un recuerdo especial.



# El peine de Einstein

Francisco Duarte Cué

Pues bien, esta es nuestra penúltima pieza en exhibición: un peine de madera de brezo, hecho a mano, como podrán notar en algunas irregularidades de su tallado, y que fuera adquirido por la Sra. Mileva para obsequiárselo a su esposo el afamado físico-matemático Alberto Einstein a quien habían reconvenido por el peinadito que se cargaba al llegar a su flamante encargo en la oficina de patentes de Suiza. Poca gracia le hizo a su jefe directo la descuidada apariencia del empleado que arribaba y lo toleraron sólo por la buena recomendación académica que le precedía.

Desde que recibió el obsequio, nunca dejó de cargarlo en su bolsa, ni dejó de acercarlo a los amigos de poco pelo (como Bohr y Planck) con la broma de querer arreglarles la melena antes de salir a dictar sus conferencias magistrales. Era una pieza multifuncional, lo sacaba siempre de la bolsa izquierda del saco para golpetear la taza del café matinal, para señalar el pizarrón durante las clases, para pasar la uña del pulgar derecho por entre los dientes o, sencillamente, para hacerlo girar en su eje diagonal; pero nunca para peinarse, (como pueden ver en cualquier foto de don Alberto).

Fue hasta poco antes de su muerte que, movida por una curiosidad histórica extrema, su enfermera personal se atrevió a preguntarle por qué no pasaba su preciado peine por su cabeza y el profesor le respondió: “quien me lo obsequió no lo hizo para que ordenara mis ideas o mis cabellos de la cabeza, fue para que la recordara como si fuera un beso, cada que me peino el bigote; lo que hago todas las noches desde entonces.” Esa pieza, es lo único afectuoso que se conserva de tan importante personaje de nuestra historia.

Ahora sí, nuestra última pieza, es el cuenco de piedra volcánica que pueden ver sobre la mesa al final del pasillo. Obra del maestro Vicente Rojo y que con gusto recibirá sus donativos para que la fundación MESH siga con su trabajo de mantenimiento de este museo. Si les agradó su visita, por favor, recomiéndenos con sus amistades y en caso de desagrado, mejor ni les digan; ¡muy buen día!



# La olla de joyas al final del arcoíris

Cecilia Durán Mena

Aquel fin de semana, estaba sola en San Miguel de Allende esperando a que mi familia llegara de la Ciudad de México a reunirse conmigo. Aproveché la libertad que me dio ese microespacio de soledad para caminar por las calles, sentarme en las bancas del jardín principal, para leer sin preocuparme por el reloj y para entrar a los cafés que me llamaban la atención o los restaurantes que, aunque dicen que no son para turistas, me da la impresión de que sí lo son. Aquella tarde de primavera, estaba sentada en un café de la calle de Correo que está ubicado en esas casas de patio central, típicas del Bajío mexicano, en el que el espacio se compartía con una galería de arte, una tienda de huipiles, el consultorio de una adivinadora. Digamos que el espacio es ecléctico y solitario, lo cual era muy malo para los emprendedores que decidieron poner ahí su negocio, pero era magnífico para mí porque la chica que atendía era buena para preparar café de prensa francesa y para desaparecer y dejarme leer en paz.

Un joven muchacho entró al café. Alto como una lombriz desenrollada, pelirrojo y pecoso, lampiño. Las pestañas eran tan rojas como las cejas que casi parecían desvanecerse en el rostro. Me sonrió y vi cómo se le formaban dos hoyuelos en las mejillas. Le devolví la sonrisa y de inmediato hundí la nariz en el libro. Fue inútil tratar de evadirme, ahí estaba con la mirada suplicante, parado frente a mí, preguntando si no me importaba que compartiéramos la mesa. Sí me importaba. Miré alrededor y vi que éramos los únicos clientes. De todos modos, accedí. Suspiré y cerré las pastas del libro. En el fondo, no supe si agradecer un poco de plática distractora, la narración me empezaba a aburrir.

Me contó que era de un pueblo de la costa de Irlanda, a unos cuantos kilómetros de Dublín. Estaba en México para desaburrirse de un trabajo poco motivante: era guía de turistas y lo contrataba la compañía que atendía a los cruceros que pasaban por su pueblo. Para tenderle un hilo, le pregunté el nombre de su pueblo y esa fue la mecha que encendió sus ganas de seguir hablando sin parar. Elevó un dedo pálido y algo huesudo y se fue como piedra que cae en picada.

—Son muchos los que creen que los duendes no existen y son aún más los que están seguros de que se trata de un puñado de viejos zapateros remendones que vienen de alguna región mágica de Irlanda. Puede que estén en lo correcto, no obstante, a mí me parece que son ellos mismos los que han dejado que la creencia de que no existen corra por el mundo. Y, como no son tontos —más bien, son todo lo contrario— creo que quieren que los arrinconemos en la creencia de que son artesanos magníficos que vienen de un lugar mágico para distraer la atención de su verdadero oficio: son cazadores de tesoros.

—¿A poco crees en la existencia de duendes?—lo miré con recelo, estaba segura que me estaba vacilando.

—Que cada uno crea lo que piense que es más conveniente, lo que nadie ignora es que los duendes tienen un espíritu que no puede ser apresado por nadie. ¿Lo sabes, no? —por supuesto, no esperó mi respuesta y siguió aleccionándose—. Son una especie de geniecillos que tienen toda serie de trucos para pasar desapercibidos. Insisto, son listísimos. Por ahí cuentan que son seres que a menudo resultan invisibles, estoy segura de que ustedes ya han notado su presencia. Por ejemplo, hay ocasiones en las que pueden pasar a tu lado como un ligero remolino de polvo.

—¿En serio?—me divertían esas ocurrencias.

—Al menos, eso era lo que decía mi abuela que era de las que estaba segura de que los duende existen y aseguraba que más valía llevarse bien con ellos. La escuché decir

que a ella le gustaba hacer una graciosa reverencia cada vez que uno de esos remolinos polvosos soplaban a su lado. Debo aclarar, y me doy esa libertad porque que ella misma lo confesaba, que no lo hacía por ser una persona educada, que lo era, sino porque creía fervientemente que si se inclinaba frente a la nubecilla y elevaba el pie izquierdo, el duende e tropezaría con sus faldas y tendría que regalarle todo lo que acarreará, incluidas las bolsas de oro, las gemas, las riquezas y la olla de oro que estuviera bajo su custodia. Siempre le decían que estaba loca.

Estaba segura de que no les faltaba razón, pero preferí sonreír y guardar silencio.

—En su juventud, estaba tan segura de que los duendes existían y custodiaban la olla de joyas al final del arcoíris que solía dejarles vasos con leche tibia por las noches y realizaba muchos actos de amabilidad para granjearse su simpatía. Hay pocas personas que se toman esas molestias, principalmente porque son muy raras las que creen que hay geniecillos que custodian tesoros.

No hay duda, yo soy de esa rara cepa, pienso y aprieto los labios.

—Mi abuela decía que su familia la recriminaba: “Que sean tan pocas las personas que tienen esas creencias, provoca tanta mala suerte que podría evitarse”. La regañaban, sobre todo su madre y su aya. Tiraban todas las ofrendas que les preparaba a los duendecillos. Esas sí que eran estupideces, según la visión de mi abuela. ¿En qué les estorbaban, si podrían haber ganado tanto?

Yo también se las hubiera tirado, estoy segura.

—Ella solía decirme que los duendes siempre dejan señales.

—¿Señales?, ¿qué tipo de señales?—le pregunté por diversión más que por curiosidad.

—Por ejemplo, empiezas a perder cosas: las llaves de la casa, del coche, el teléfono celular, el reloj y luego los encuentras en lugares inesperados. Mi abuela jura que encontraba sus zapatos en el despacho de su padre, sus peines en el refrigerador o sus anillos debajo de la cama. Si ella no encontraba algo, les dejaba un regalo a los duendes y al día siguiente aparecía lo perdido. Entonces, pasaban cosas raras y hermosas: las tareas que le correspondían quedaban hechas en forma espléndida sin que ella moviera un dedo.

—Uy, yo necesito uno de esos duendes.

—Sí, ya lo creo. Todo sucedía sin que ni los padres ni los hermanos de mi abuela hubieran visto jamás a ningún duende. Aunque ella asegurase que son seres de poco más de medio metro de altura, de rostro arrugado, ojos brillantes como chispas de fuego y nariz puntiaguda. Algunos tienen la capacidad de adoptar las formas del ánimo de su preferencia. Mi abuela me contó que ella los veía cuando llevaba un trébol de cuatro hojas en la solapa de su abrigo y cuando el canto de los petirrojos los acercaban.

Me imaginé a esa extraña mujer y la figuré muy parecida al chico que me contaba la historia.

—La oí decir que eran seres tan agradables como una empanada recién horneada. Lo malo es que la mayoría de los humanos sólo nos hemos interesado en los duendes por su oro y por la olla de joyas que esconden al final del arcoíris. Pero, mi abuela solía advertir que así como son tan buenos como el pan calentito, pueden ser vengativos, irascibles y más vale mantenerte alejado si acaso te consideran digno de alguna de sus travesuras. Lo mejor al ver a un duende es mostrarse cortés y afable, además de ser muy cauto para aceptar cualquier regalo que nos ofrezcan.

—Tal vez ya no estoy tan interesada en tener mi duende particular—reconocí con sinceridad y el chico ignoró mi comentario.

—Así como mi abuela, todo el mundo ha oído que allí donde el arco iris toca

el suelo, se encuentra una olla con joyas. Hay muchos científicos que aseguran que ese lugar no existe. Pobres de aquellos que sólo creen en lo que pueden ver, nadie discutirá con ellos y mucho menos un duende que sólo guarda burlas para los que tienen poca fe.

—Épale, pues pobre de mí—el chico me sonrió con condescendencia.

—Mi padre era de esos que se creen científicos y que desperdician la vida en un laboratorio metiendo la nariz en un microscopio. Siempre creyó que mi abuela estaba un poco loca. Ella ni le prestaba atención y qué bueno. A ellos los unía el impecable hilo de la incompreensión.

—Mmmm.

—Claro que los duendes prefieren que haya gente como mi padre y no como mi abuela, pues así son menos los que saben el lugar en el que esconden su olla y menos aún los que se aventurarán a ir a tras el tesoro. Mejor que crean que esa búsqueda es una cacería inútil, piensan los duendes. Pero, mi abuela siempre estuvo sintonizada con las corrientes duendiles. Supo el momento preciso para acomodar destino, tiempo y fortuna para tener éxito en su empeño: conseguir la olla de joyas al final de arcoíris.

—¿Cómo se sintoniza uno con un duende?—el chico no le dio importancia a mi pregunta, continuó con su relato.

—Se dio el momento propicio en el que se dibujó un arcoíris lunar, que por su rareza marcan los tesoros más grandes y los que esperan asombrar al mundo entero con su gloria y majestad. La abuela supo y respetó el hecho de que los duendes son una raza trabajadora, no los fue a robar, fue a hacer un intercambio. Supo que al alba de la Historia, cuando los primeros duendes llegaron al mundo, eran tan diferentes que se les consideró feos. Jamás besaron a una mujer bella. Ella tenía una postura atractiva que deslumbraba por su cabellera rizada y abundante, por la piel firme y tenue, por esa galanura bien plantada.

Esa noche se fue a la troje, porque escuchó los ruidos de esos remolinos de aire que salían por la ventana y se elevaban al cielo hasta juntarse con el arcoíris lunar. La abuela me contó, que se echó una manta negra y entró en cuclillas, para no llamar la atención. Todos sabemos que los duendes no tienen buena vista. Y, en el preciso momento en que se formó el remolino de aire, levantó la pierna y logró pescar las faldas del saco de un duendecillo.

Desaparecieron y cayeron justo al final del arcoíris, junto a la olla de joyas.

El espacio era demasiado estrecho para forcejear. La abuela estaba más entretenida en sujetar al duende que en escudriñar el tesoro. El geniecillo dejó de forcejear y la miró a los ojos. Interrumpió el parloteo. Tratada de no parpadear para apreciarla por completo. Sonrió. Mi abuela creyó que el duende se había cansado o que se había aburrido de pelear. Lo sorprendió. Se apretó fuerte contra él. Lo besó. Lo besó tantas veces que el duende quedó exhausto y ella terminó jadeando. Al final de ese arcoíris lunar y sobre la olla de joyas, frente a alguien que conoció por primera vez, tuvo la disolvente sensación de derretirse en otro y de fundirlo en ella. Decía que sintió como si ya no existiera y por lo mismo, su existencia fuera aún más concreta. Eso decía. No lo contaba mucho, pero al recordarlo, parecía que nunca hubiesen terminado, como si jamás se hubiesen separado esos labios.

—Vaya secreto.

—Hay quienes piensan que sólo así mi abuela logró saltar el cerco de castidad que le impuso su familia. Otros dicen que esa es la única explicación verosímil para entender porqué una mujer con un porte tan elegante, con modo de ser que conmovía y un cuerpo que perturbaba al menos nervioso se casara con una persona como mi abuelo,



alguien que tenía la cara un dejo lejano y ajeno. Un hombre de silencios pesados al que le gustaba escuchar el canto de los pájaros silvestres.

—Entiendo, entiendo.

—Por supuesto, mi papá dice que son tonterías, que todo son cuentos y que lo único que yo quiero es exponer una vieja olla con piedras sin valor en un museo de maravillas que no existen. Es malo que los hijos desobedezcan a sus padres, es peor que los ignoren. No es que no lo respete, es que le tengo miedo. Entonces, mejor ni tocar el tema. Así es entre él y yo, como lo fue con su madre. Hablar de nada para no enojarnos. Él en un lado del arcoíris y yo del otro, yo con mi olla de joyas, él con el pensamiento revuelto y la mirada metida en el microscopio, esa distancia se siente bien. Claro, mi madrastra siempre ha estado interesada en el tema de mi fideicomiso, de la olla de joyas y de la herencia que papá rechazó y dejó a mi favor.

Al terminar el relato, agradeció mi paciencia para escucharlo, se despidió en forma muy educada, pagó la cuenta y se perdió por la calle de Correo. Saqué mi teléfono y busqué el mentado museo de las maravillas. En uno de los videos, aparece el joven pelirrojo, contando que es el guía que lleva a los turistas al museo de las maravillas que no existen. En un momento, mira a la cámara: Te he contado toda esta historia para que entiendas el valor de la olla que te conté: la olla de joyas al final del arcoíris. Me sudaron las manos y el estómago me dio un vuelco. Apagué el teléfono y lo dejé sobre la mesa, entonces me di cuenta de que junto al platito de la taza de café, había un trébol de cuatro hojas. Lo recogí con cuidado y lo metí entre las hojas del libro que estaba leyendo.

Entendí al joven guía de turistas pelirrojo y a su abuela: hay historias que la gente se niega a creer. Mejor para ellos, lo cierto es que no hay explicaciones para todo y creo que logré sintonizarme con un duende.



# Consejo Editorial

**Editora General**  
Cecilia Durán Mena  
cecilia@porescrito.org

**Editora Ejecutiva**  
Andrea Fischer

**Mesa de Edición y Arbitraje**  
Cecilia Durán Mena  
María Elena Sarmiento  
Virginia Meade  
Andrea Fischer

**Coordinación de Enlace  
y Relaciones Públicas**  
Montserrat Castellanos Cuevas

**Diseño Editorial**  
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

**Foto de portada**  
*Sin título, Constanza K*

**Radio**  
Cecilia Durán Mena  
Juan Carlos Padilla Monroy  
Raúl Sanz Suárez

**Producción del Programa de Radio:**  
Brandon Hurre Garcia  
Fabianne Gutiérrez  
Sofía Aranka

**Cuarto de Guerra**  
Alumnos de la Universidad Anáhuac

**Digital**  
[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)  
Ventas y suscripciones  
[ventas@porescrito.org](mailto:ventas@porescrito.org)

**Contacto**  
[contacto@porescrito.org](mailto:contacto@porescrito.org)  
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número treinta y siete. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.**  
**Circulación Abril-Mayo de 2022.**



También estamos en:



porescritomx



@PorEscrito\_



revistaporescrito



PorEscrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac 16.70 AM  
[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)

---

Por Escrito

## Ultimátum

*"Lee y conducirás, deja de leer y serás conducido".*

Anónimo, atribuida a  
**Santa Teresa de Jesús**



PRETEXTOS LITERARIOS  
**POR ESCRITO**



[www.porescrito.org](http://www.porescrito.org)

Estamos empeñados en atrapar lectores...  
**para NUNCA dejarlos ir**